

A. MILLARES TORRES

BENARTEMI



PORTADA DE BLANCO DEL PUEYO

PUBLICACION MENSUAL

REDACCION Y ADMINISTRACION: IRATI, s. "EL VISO"

Apartado de Correos 6083 - Teléfono 60593

MADRID

LA PUERTA DE TRIANA

SOBRE la costa oriental de la Gran Canaria, y en medio de una deliciosa y fértil vega que se extiende al pie de una cordillera de montañas, de corta elevación, se levanta la ciudad de Las Palmas, antigua capital de las Canarias y cuna de la civilización isleña.

En 1506, época a que se remonta nuestra verídica narración, si bien comparada con Santa María de Betancuria, Teguise o La Laguna, la ciudad de Las Palmas era una bonita población, fácil es comprender que, llevando sólo, veintitrés años de existencia, sus calles, plazas y edificios no ofrecerían belleza ni regularidad alguna.

En efecto, los cimientos de su magnífica catedral acababan apenas de abrirse bajo la dirección de Die-

go Alonso Motaude, famoso arquitecto sevillano, y tan sólo se veían algunas casas aisladas en la plaza principal de Santa Ana y en las tortuosas calles del barrio de Vegueta, donde los primeros y más nobles conquistadores habían escogido sitios para establecerse.

Desierta estaba, pues, la llanura que al norte de la ciudad se extiende, descollando únicamente sobre una pequeña eminencia, que el tiempo ha hecho desaparecer, el convento de San Francisco con algunos grupos de casas, medio ocultas entre frondosos higuerales, álamos, dragos y palmas, de cuyas rústicas viviendas unas se levantaban siguiendo la curvatura de la costa, y otras se escondían entre los árboles como bandadas de aves en un bosque.

En vano hubiéramos buscado, entonces, la antigua muralla que rodeó más tarde la ciudad, ni la puerta de Triana con su foso, fastrillo y puente levadizo: Allí sólo se descubriría un pequeño arrecife a flor de agua, donde luego se construyó el fuerte de Santa Ana, centinela avanzado de la naciente capital.

Sobre la arenosa playa que servía de límite por este sitio a Las Palmas, y en el mismo lugar en que se elevó después la puerta antes nombrada, se veían, una tarde del mes de septiembre del citado año de 1506, varios grupos de personas que, en lo diferente de sus vestidos y actitudes, daban sin dificultad a conocer la clase a que cada uno pertenecía. De estas personas, unas se mantenían en pie y otras sentadas sobre algunas piedras que, esparcidas, cubrían el seco cauce del barranquillo que por allí atraviesa.

El grupo que se hallaba en pie, y el cual, por su bulliciosa alegría, atraía primero la atención, componíase de seis hombres fuertes y vigorosos, de atezado rostro y bigote retorcido, con anchos sombreros de feltro, ropilla y jubón de gamuza, y botines de cuero, llevando cada uno en su mano una ballesta con su correspondiente provisión de venablos, y un cinto del que pendía un largo cuchillo de monte.

Más allá, dos robustos mocetones,

en cuyos semblantes se descubría el hermoso tipo de los indígenas canarios, tendidos con indolencia sobre la arena, tenían de la brida dos magníficas mulas uncidas a una ancha y vieja litera, herméticamente cerrada, mientras dos venerables dueñas que frisaban ya en los sesenta, con sus tocas y negros mantos, y un anciano escudero de afinado rostro, sentado junto a ellas —los tres a una respetable distancia de los ballesteros— completaban el cuadro que vamos ligeramente bosquejando.

Aunque la tarde estaba serena, y el cielo despejado, soplabla la brisa con bastante violencia, agitando la superficie del mar que, en levantado oleaje, venía a estrellarse con ronco estrépito sobre la vecina playa. Era, sin embargo, el ruido de sus olas mecas atronador que la algazara y risotadas de los seis ballesteros, quienes sostenían entre sí un escandaloso diálogo con grande znojo de las dueñas y del viejo escudero.

—Sí—decía uno, con burlona sonrisa—; apostaría doble contra sencillo que, el día de sus bodas, nuestro valiente capitán va a conocer por la primera vez el miedo.

—Con sesenta y cinco años—relicaba otro—es grave empresa la que trata de acometer.

—Y tan grave—añadía un terce-

ro con sarcástica seriedad—, que tengo entendido que estarán de guardia sus bravos ballesteros mientras transcurre tan peligroso día.

Aquí las carcajadas estallaban de nuevo con irresistible ímpetu, sin que tratasen de disimular el objeto que las motivaba.

Calmada un tanto la hilaridad, tomó la palabra el primero que había hablado, mozo dispuesto y atrevido, y dijo a sus compañeros:

—Cuentan que es linda la novia.

—Como un serafín—contestó otro que aún no había intervenido en la conversación—. Figuraos, amigos míos, que la señorita doña Isabel de Mendoza apenas ha cumplido los dieciocho años, que es blanca como la espuma del mar, esbelta como un palmito, graciosa como una andaluza, con unos cabellos más negros que el alma de su futuro marido, con unos ojos que dan escalofrío y, luego, unás manos, unos brazos, un talle, una gentileza, que cualquier cristiano vendería por ella su parte de paraíso.

—¡Diablo, ya tengo deseos de conocerla!

—¿Y la has visto tú, amigo Nuño?

—¡Toma, como os estoy viendo a vosotros!

—Es cierto. Ya recuerdo. Tú fuiste el encargado de llevar los regalos de boda a La Laguna.

—Y allí, donde la señorita ha vivido reclusa desde la muerte de sus padres, me presenté a ella y le entregué la misiva de nuestro capitán, con los presentes que, en su locura, ha hecho venir de Flandes.

—¿Y no te preguntó por su futuro? ¿Y no te propuso que le describieras, aunque sólo fuese aproximadamente, su interesante fisonomía?

—Creo que se reserva esa sorpresa para esta tarde.

—En efecto, si no miente la señora que se vé al tope, la barca que en este momento fondea en el puerto de las Isletas, conduce a su bordo a la novia de nuestro ilustre capitán don Pedro Carvajal y Trejo. Y a la muy noble y reverendísima señora doña Ursula, su hermana, que expresamente ha ido a buscarla a Tenerife y que, sin duda, la traerá dentro de alguna urna de cristal.

—Pero, entretanto, el tiempo pasa y no llega el novio.

—¡Calla, que nos oyen las dueñas!

—¿Qué me importa?

—Podrían delatarnos...

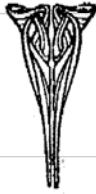
—¡Bah! Sería curioso que, semejantes brujas, se atrovieran a hablar de un balletero.

—Peligrosillo sería, en efecto...

—¡Y tanto! ¡Vamos, vamos, si ya deseo que suceda nada más que

por tener el gusto de ensartar en mi alabarda algunos de esos asquerosos bichos que han dado en llamarse dueñas, y que yo tengo, para mí, no son otra cosa que diablos disfrazados con tocas y monjiles!

A tan atrevidas suposiciones, lanzadas con un descaro sin igual, las dueñas y el escudero hicieron fervorosamente la señal de la cruz y tornaron a alejarse gran trecho de tan peligrosa compañía.



II

EL VIAJE

EN estas y otras pláticas los ballesteros se vieron de pronto sorprendidos por el rápido galope de dos caballos que, a todo escape, se acercaban a aquel sitio.

Montaban estos corceles los dos viejos capitanes que, con aquella numerosa comitiva, se dirigían al puerto de las Isletas a recibir a la joven desposada.

Antes de pasar adelante nos parece conveniente decir algunas palabras acerca de estos personajes, a quienes tendremos necesidad de citar con frecuencia.

Llamábanse los dos hidalgos, el uno, Pedro Carvajal y Trejo, Castellano de la Torre de Gando; y el otro, Gonzalo de Segovia, asentista o proveedor del presidio de la ciudad, que así se apellidaba entonces

la guarnición que la custodiaba. Nobles ambos, y de un valor a toda prueba, habían adquirido, después de la conquista, una buena porción de tierras y aguas en las mejores vegas de Telde y Satautejo, y envejecían tranquilos y felices a la sombra de los laureles conquistados durante su borrascosa juventud.

Habían llegado ya estos bizarros campeones a aquella edad en que el hombre no tiene más porvenir que sus recuerdos. El capitán Carvajal, según habían dicho con mucho acierto los ballesteros, pasaba de los sesenta, acercándose el asentista a ellos, no sin maldecir la rapidez con que el tiempo transcurría, especialmente desde aquel dichoso instante en que había principiado a gustar los placeres de una

vida holgada y sedentaria. Ambos, sin embargo, se conservaban con una salud envidiable y una inclinación muy pronunciada a repetir las locuras de su primera edad. Y decimos esto, porque habiendo sido el capitán muy enamorado, intenta ahora casarse con una niña de dieciocho años, mientras su compañero, aficionado al vino y a la buena mesa, pasaba sus días inventando nuevos manjares con que sáciar su apetito y reuniendo en su bodega los mejores vinos que entonces se conocían en Europa.

Unía a estos personajes una amistad muy antigua, que se había estrechado doblemente por los lazos del parentesco, casándose el asentista con doña Ursula de Carvajal, hermana de su amigo y señora muy recomendable, a pesar de las reflexiones poco cristianas de los ballesteros, tanto por su sincera piedad como por sus austeras costumbres.

No dejará, sin embargo, de parecer extraña a nuestros lectores esa amistad, cuando les digamos que sus caracteres eran diametralmente opuestos, originándose de aquí entre ellos continuas disputas y furiosas riñas.

Por consiguiente, no bien el capitán intentó casarse con doña Isabel de Mendoza, cuando su amigo y cuñado le pintó con los más vivos colores las desagradables consecuen-

cias de esos matrimonios desiguales, en donde los celos del marido, las travesuras de la esposa y las risas del pueblo hacen del hogar doméstico un infierno anticipado.

Mas a estas razones, contestaba el capitán que él conservaba aún la suficiente energía para imponer su voluntad a una niña caprichosa, caso de que lo fuera, sin contar con algunos restos de hermosura que el tiempo había sabido respetar, y que podían serle sumamente útiles ante la inocente experiencia de una joven educada lejos de toda sociedad.

A tales reflexiones, que Carvajal hacía con la mejor buena fe, era de ver la transformación que se verificaba en el burlesco semblante del asentista. Inflábase sus carrillos, abríanse sus pequeños ojos, dejábase caer en un sillón, y en medio de un diluvio de graciosas exclamaciones reía sin descanso, hasta que la grotesca seriedad de su amigo se convertía en enojo, el enojo en cólera y la cólera en tempestad. Entonces reñían con voces destempladas, separándose con furor y jurando no volverse a ver, hasta que, llegando el siguiente día, y sin acordarse de la escena de la víspera tornaban a saludarse con el mismo cariño que desde su infancia los había unido.

Nosotros ahora diremos que, e la cuestión del matrimonio, tenía re-

zón de sobra el asentista. La figura de don Pedro no era la más apropiada para agradar a una joven de diez y ocho años, aunque ésta no hubiese salido jamás de las oscuras paredes de la casa de su tutora. Estamos, pues, seguros de que nunca en sus sueños de niña pudo Isabel considerar como el bello ideal de un esposo a un hombre de sesenta y cinco años, de tez morena y aperganinada, con ojos grises, medio envueltos en unas cejas espesas y en continua anarquía, con una boca sin dientes y un cuerpo alto y enjuto, que hubiera entonces recordado a Don Quijote, si su inmortal autor lo hubiera producido un siglo antes.

Y ya que hemos bosquejado el retrato del capitán, diremos de paso que el de su amigo no sólo era el reverso de la medalla en la parte moral, sino en la física. Pequeño de cuerpo y alegre de rostro, con la sonrisa siempre en los labios y el placer en los ojos, se le veía continuamente ser el alma de todas las reuniones, a pesar de que su franqueza, que muchos llamaban mordacidad, hacía su conversación demasiado temible para todos.

Poseía, sin embargo, una cualidad excelente, y era una completa indulgencia respecto a los vicios humanos, por la sencilla razón de que, habiendo recorrido su extensa es-

cala, los conocía en sus menores detalles. Tal vez por eso, al llegar a la vejez, había elegido la gula como el único pecado que satisfacía sus necesidades presentes y futuras.

Para dar la última pincelada a estos retratos, diremos que en la conquista de la Gran Canaria, concluida en abril de 1483, habían ambos combatido como buenos españoles, mandando un tercio de tropas levantado a sus expensas en las montañas de Burgos, en unión de Miguel de Trejo, hermano mayor del mismo capitán y caballero que luego se casó con Masequera, sobrina del rey de la isla, don Fernando Guanarteme, según cuentan las crónicas.

De este matrimonio quedó sólo un hijo, huérfano desde su más tierna edad, y que fué asesinado a los diez años en una de las excursiones que hacían los indígenas insurrectos en los pueblos que inundaban sus vencedores, viniendo a aumentar esta herencia el patrimonio ya considerable del viejo capitán.

Réstanos decir, para que los lectores conozcan perfectamente a esta familia, que uno de sus parientes, llamado Hernando de Guzmán, natural de Toledo y conquistador también de la isla, se casó, al mismo tiempo que el difunto Miguel de Trejo, con Guayarmina, hija del Guanarteme, que en el bautismo to-

mó el nombre de Margarita, y de cuyo matrimonio nació Isabel de Guzmán, prometida esposa de don Pedro, y heredera de los bienes de sus padres, muertos en 1496.

Huérfana, hermosa y rica creyó doña Ursula, a quien se le había confiado la tutela, que el mejor y más seguro médio de afianzar la futura felicidad de su pupila era traerla de la respetable casa donde se había educado en La Laguna; para casarla con su hermano.

Estas señoras eran las mismas que aquella tarde iban a ser recibidas por la numerosa comitiva reunida a la entrada de la ciudad.

En efecto, a las cuatro de la tarde se pusieron en movimiento los diversos personajes que allí aguardaban, y se prepararon a recorrer los arenales, que por espacio de una legua se extendían, entonces, desde aquel sitio hasta el puerto de las Isletas.

Abrían la marcha los dos jefes de la expedición, que habían arreglado el paso de sus corceles al andar de sus sirvientes. Seguíanle los dos esclavos indígenas conduciendo las mulas con la litera. Inmediatamente venían las dueñas y el escudero, y cerraban la comitiva los soldados que habían sido llamados a servir de escolta, por la poca seguridad que ofrecían los caminos infestados de beldes isleños.

De este modo avanzaban todos siguiendo la orilla del mar, que presentaba un piso más firme que el de las movedizas arenas, cuando de repente un prolongado silbido, salido al parecer de un bosquecillo de tarahales, que a pocos pasos de la ermita de Santa Catalina se descubría, detuvo instantáneamente a los viajeros.

—Me parece—dijo uno de los ballesteros rompiendo el silencio que se había hecho—que no le agrada-
ría mucho a nuestro jefe tener en estas circunstancias un encuentro con el Diablo de las montañas.

—El Diablo ha muerto—contestó el que había llevado los regalos de boda a La Laguna y que respondía al nombre de Nuño.

—Pues hay quien asegura haberle visto hace poco en el valle de Tirajana.

—¡Válgame Santiago, nuestro santo patrón!—exclamó el más joven de los soldados—. Eso parece cosa de hechicería.

—¿Y quién lo duda?—repuso Nuño con acento de profunda convicción—. Benartémi no pertenece a nuestra especie, y si no, decídmelo, ¿por qué nuestras armas no han podido nunca herirle? ¿Por qué nuestras ballestas no han conseguido jamás alcanzarle?

—Si no creyera molestaros, señor Nuño, os suplicaría me diéseite

algunos pormenores sobre tan extraño personaje—tornó a replicar el mozo—. Ya sabéis que acabo de llegar de Sanlúcar.

—Lo haré con mucho placer—se apresuró a responder el balletero que, entre otros defectos, tenía el de agradarle bastante los cuentos de duendes y aparecidos, especialmente si era él el narrador.

Y en seguida, atusándose el bigote y arreglando su paso al de su curioso compañero, continuó hablando:

—Habéis de saber, amigo Bertrán, que ese Benartémi, o lo que sea, es descendiente en línea recta de los reyes de esta isla, si es que estos bárbaros han podido tener verdaderos reyes. Pero, en fin, sea lo que sea, así los llamaban y con ese título fueron hechos prisioneros.

—Entonces —interrumpió Bertrán, asiendo del brazo a su camarada—ese canario debe ser pariente muy cercano de la novia, supuesto que ésta es, como todos sabemos, meta del último rey don Fernando Guanarteme.

—Así debiera ser—contestó el narrador—, si estuviera bien comprobada su filiación. Mas yo no puedo creer que un hombre que hace armas contra su señor natural proceda nunca de tan nobles ascendientes.

—Ceguedad inaudita.

—No se concibe tamaña ingratitude. Pero la verdad es que, cuando ya todos nos creíamos en paz y seguridad, he aquí que de repente aparece una partida de treinta bandidos, capitaneados por ese Benartémi, y con sin igual audacia bajan a los valles; saqueando los ingenios, destruyen los sembrados y roban cuanto encuentran al paso. Conmovida la colonia, corre en masa a las armas, y distribuyendo sus tropas en pequeños escuadrones, se lanza a los montes y da caza a esos bandidos, como si se tratara de exterminar una manada de lobos.

—Peliz comparación.

—Yo era uno de esos que tuvieron la honra de llevar a cabo tan gloriosa empresa, y digo empresa porque, a pesar de nuestras armas, de nuestra táctica y de nuestro valor, nos costó mucha sangre, tiempo y dinero. Figuraos que ellos, como concedores del terreno y más ágiles que cabras, se dispersaban tan pronto fuerzas superiores les ofrecían el combate, o caían sobre nuestras partidas cuando éramos iguales o inferiores en número. Finalmente, conducidos una noche por un espía, que a fuerza de oro pudimos sobornar, les atacamos en un sitio donde era imposible escaparse, y allí, después de un combate encarnizado, quedaron todos tendidos

sobre el campo de batalla, incluso su maldito jefe.

—¿El temible Benartémi?

—El mismo. Ya comprenderéis hora, amigo Bertrán, cuan grande abrá sido nuestra admiración al saber que ese mismo Benartémi, cuyo adáver aeribillado de heridas fué conducido en triunfo a la ciudad, haya de nuevo aparecido.

—Entonces es fácil creer, o que vosotros equivocásteis las facciones con las de otro de sus guerreros, o que el diablo le ha hecho resucitar.

—Tal vez tenga razón este mancebo—observó a la sazón el cabo Fernández, viejo soldado que mandaba la escolta—; pues, aunque todos creíamos reconocer en aquel cuerpo el del terrible capitán a quien tanto odiábamos, ninguno le conocía personalmente.

—Pero ese Benartémi, sea hom-

bre o demonio, tardará poco en caer en nuestras manos.

—¿Tan poderoso es en esta isla

—Es el ídolo de todos los isleños.

—¿Y es joven?

—¿Quién lo sabe? Unos lo creen niño, otros viejo. Las versiones son tan contradictorias como invisible su presencia.

—Ardo ya en deseos de combatirle.

—Si no mienten mis noticias, pronto satisfaremos ese deseo, porque nuestro Gobernador Alonso Escudero no es hombre que se duerme sobre el peligro.

En este momento la conversación se interrumpió porque habían llegado al sitio en que sus jefes, echando pie a tierra, se disponían a trasladarse a una pequeña lancha a bordo de la barca que estaba ya fondeada, y en cuyos palos ondeaban banderolas y gallardetés, señal cierta de agradables nuevas.



III

EL MARINO

El puerto de las Isletas, en la época en que nuestra relación principia, no contaba con otro vecindario que la choza ambulante de algún pescador, o la tienda de campaña de algún puesto de soldados que vigilaba el desembarcadero, mientras se construía el castillo que luego se llamó de La Luz.

Sin embargo, aquella tarde se veían, además de estos huéspedes cotidianos, algunos marineros de atezado rostro, tendidos sobre la arena a la sombra de dos lanchas que estaban varadas sobre la playa.

De estas lanchas, una se hallaba allí, por orden del capitán y su cuñado, y la otra pertenecía a una pequeña urca, anclada a poca distancia, cuyo patrón se paseaba solo y con marcada impaciencia a lo largo del estrecho istmo de arena que

une las Isletas con la Gran Canaria.

La fisonomía de este individuo, vestido groseramente como el más pobre marinero del país, aunque con escrupuloso aseo, revelaba, desde la primera ojeada, una persona notable, tanto por la nobleza y regularidad de sus facciones, cuanto por el desarrollo intelectual que se reflejaba en su ancha y despejada frente.

Lo que más llamaba la atención en este desconocido eran sus negros y rasgados ojos, cuya profunda mirada, aunque envuelta en cierto tinte melancólico, penetraba hasta lo más recóndito del alma cuando con intención los fijaba sobre determinada persona. Su tez, que debiera haber sido de un blanco pálido, se mostraba ahora tostada por el sol y empañada por el contacto de las

brisas marinas o por el polvo ardiente de los desiertos africanos. Pero estos elementos, destructores de toda belleza, no habían conseguido alterar la forma griega de su nariz ni el suave contorno de su boca.

Si intentáramos fijar su edad y observáramos para ello la seriedad de su rostro y la calculada lentitud de sus movimientos, diríamos que contaba ya sus treinta años, al paso que, una atención más detenida, rectificaría nuestro juicio, dándole tan sólo de veinticuatro a veintiséis. Y, en efecto, a pesar de la huella que precoces cuidados o desgracias profundas habían dejado impresa sobre el simpático semblante del marino, se revelaba, sin embargo, en él esa edad feliz en que el hombre, olvidándose de lo pasado y pensando poco en el presente, lo espera todo del porvenir.

Desde la llegada de la comitiva al puerto, el desconocido, que no la perdía de vista, se acercó lentamente a su lancha y, con aire al parecer de indiferencia, cambió algunas palabras con los marineros que dentro de ella le aguardaban, en un dialecto armonioso, aunque ininteligible. Y luego, con la misma aparente tranquilidad, se alejó de nuevo, continuando sus paseos a lo largo de la playa, si bien en un sentido inverso al istmo.

Entretanto, los dos viejos capitanes se disponían a trasladarse al buque, que se balanceaba sobre el agitado mar a poca distancia de la orilla, viéndose un grupo de marineros moverse afanado en torno del bote que rodaban a fuerza de brazos, mientras preparaban los remos, el timón y la vela.

El novio, más impaciente que su amigo, corría de la lancha a la litera, impulsando a unos con sus gritos, examinando la otra con pasión, y deteniéndose extasiado a contemplar el buen aspecto de las mulas y el de los esclavos que la custodiaban, presente que sin duda destinaba a su futura.

En medio de sus observaciones y del grato recuerdo que ellas traían a su memoria, un pequeño desarreglo en los arneses que cubrían su mula favorita, vino a desencadenar repentinamente una tempestad furiosa sobre el pobre mozo que la conducía.

Dispuesto siempre don Pedro Carvajal a soltar las riendas a su genio, brusco y colérico, se acercó al esclavo y, sacudiéndole con la contera de la pesada lanza que en la mano llevaba, díjole rojo de cólera:

—¿Ese es el cuidado que tienes con lo que se te confía? ¡Y en qué ocasión!—añadió mirando hacia el buque—. ¡Cuanto más necesito de toda la prudencia y atención de mis

criados! ...¡Tentaciones tengo de ahogarte...!

Y tal vez lo hubiera hecho, si a este tiempo el asentista, que con los ballésteros se había avanzado, atraído por el ruido, no le detuviera entre burlón y risueño.

—¡Calma, Pedro, calma!—le dijo sujetándole por el brazo—. No es de gente noble maltratar de ese modo a los servidores...

—¡Llévete el diablo a tí y a tu nobleza! Yo hago lo que quiero.

—La falta de ese mozo no merece que ejerzas hoy el oficio de verdugo.

—¡Guarda tus sermones para mejor ocasión y déjame en paz!

—Si por tan insignificante descuido vas a detenerme, te dejo sólo me marchó. Isabel nos aguarda.

El nombre de la desposada, recordado tan apropósito por el asentista, serenó un poco el adusto semblante del maligno viejo, pero sin que llegara a hacerle desistir por completo de sus deseos de venganza.

—Consiento—dijo—en no ahogarte, como merecía; pero, en cambio, haré castigar su negligencia de una manera ejemplar, para que sirva de escarmiento a sus compañeros.

Y volviéndose hacia el grupo que formaba la escolta, añadió, alzando la voz:

—Cabo Fernández, haced de modo que mientras nosotros vayamos a bordo reciba en mi nombre este mocito cincuenta buenos latigazos.

Don Gonzalo aventuró todavía una nueva súplica, para ver de ablandar el rigor de su amigo.

—¿Sabes—le dijo—que el espectáculo de ese infeliz, martirizado de un modo tan cruel por tan frívolo descuido, va a entristecer a nuestra joven primita y producirle una impresión poco favorable a tu persona?

—¿Quieres no romperme la cabeza con tus necedades? ¡Cualquiera al oírte creería que mi futura anda a caza de impresiones para cumplir con su deber!

—Su deber todavía no es que-
rerte.

—¿Qué te atreves a decir?

—Que mires bien lo que haces, porque ella es libre, joven, rica y hermosa.

—No parece sino que estás celoso de mi buena fortuna.

—¿Celoso yo?

Y el asentista soltó una sonora carcajada, que los ecos de la playa repitieron en todas direcciones.

—Eres un animal.

—¡Y tú un maniático.

—¿Quieres callar?

—¡Ay, pobre Pedro, pobre Pedro! Amores a los sesenta es negocio del infierno.

A estas palabras, que aumentaron como era de esperar el furor del viejo, soltó éste un horrible juramento, volvió la espalda y, separándose de su cuñado, se acercó a la playa temblando de rabia.

Esta escena había tenido un espectador silencioso, que parecía haber sido atraído allí por una coincidencia enteramente casual e imprevisible.

Apoyado en el bordé de su lancha, y oculto casi en la sombra que ésta proyectaba, el marino, cuya ligera descripción hemos hecho poco antes, había seguido con creciente interés los diversos incidentes del diálogo, notándose en su semblante las emociones que sucesivamente le iban agitando.

Por eso y obedeciendo a una resolución súbita, salió al fin del sitio en que estaba y avanzó hacia el capitán que, contemplando el buque, esperaba con impaciencia el momento de su embarque.

De pronto, don Pedro de Carvajal sintió que una pesada mano se dejaba caer sobre su hombro y, atónito, se volvió instantáneamente.

—Dispensad si os interrumpo—dijo el desconocido, atreviéndose de aquel modo a llamar su atención.

El viejo, sin volver de su estupor, le miró con la vista de los

pies a la cabeza, frunciendo terriblemente el ceño.

—Tengo que proponeros un buen negocio.

Nuevo silencio de parte del capitán, que no podía aún creer en semejante audacia.

—¿No me respondéis?

—¿Sabes con quién hablas?—prorrumpió al fin don Pedro, dando salida a sus palabras por entre sus apretados dientes.

—Con el noble Castellano de la Torre de Gando, conquistador de la isla y regidor perpetuo de su ilustre Ayuntamiento.

—Pues has de saber, miserable que ese castellano no ha permitido jamás que personas de tu estofa le falten al respeto.

—¿Y me podrá decir el señor capitán—repuso el joven con su más graciosa sonrisa—en qué se le ha podido ofender?

—¡Basta y retírate pronto si no quieres trabar estrechas relaciones con la pesada cuerda de mis balles-teros!

Y esto diciendo le volvió la espalda.

El marino no se dió por vencido, ni manifestó en su rostro el menor signo de emoción. Con firme y seguro paso siguió al castellano, y continuó diciéndole con sereno acento y perfecta calma:

—No ha sido mi intención ofen-

der al noble y valiente Carvajal, a quien respeto y venero como a un buen y seguro servidor de sus Altezas, sijo proponerle la venta de ese esclavo. Os doy por él, caballero, cincuenta doblas castellanas de buen quilate.

Y pronunciando estas palabras sacó de sus bolsillos una abultada bolsa de cuero e hizo brillar a los ojos del viejo el reflejo deslumbrador del oro.

Una proposición tan ventajosa, y hecha por un hombre tan humildemente vestido, hizo que don Pedro diera un paso atrás y mirara con desconfianza al tenaz marino. Este añadió

—Contad el dinero.

—Pero, ¿es, en efecto, oro lo que ahí llevas?

—Miradlo vos mismo.

—¡Diantre! ¡Esto es inaudito!

—¿Aceptáis?

—¿Y para qué quieres mi esclavo?

—repuso vacilante todavía.

—Para tripular mi barca.

—Muy cara compras tu tripulación.

—Comercio con la vecina costa de Africa y soy rico. ¿Cerramos el trato?

—Vengan las cincuenta doblas, y el esclavo es tuyo.

—Gracias.

—¿Quieres documento?

—Me basta vuestra palabra.

—No es fonto este patrón—añadió el viejo, visiblemente alhagado de la confianza que inspiraba y del buen negocio que acababa de realizar. Y, sin más dudas, dió orden a los ballesteros para que soltaran al isleño y se lo entregasen a su nuevo amo, en tanto que él, después de cobrar su dinero, se dirigía de prisa a la orilla donde ya don Gonzalo le esperaba, sentado en el sitio más cómodo del bote.



IV

LA NOVIA

MIENTRAS los dos nobles se dirigían a bordo del buque que conducía desde el puerto de Añaza a la linda desposada, el joven esclavo, que de una manera tan extraña había cambiado de dueño, se acercaba con timidez hacia aquel hombre que, providencialmente, se había interpuesto entre la cólera de don Pedro y las cuerdas de los ballesteros.

El sol, entretanto, acercándose a su ocaso, inundaba con sus rayos la montaña de Gáldar. A lo lejos, dibujábase el Teide en el fondo azul del firmamento, destacándose sobre la oscura silueta que proyectaba, la isla de Tenerife con imponente majestad. Más lejos, algunas cenicientas nubes, impulsadas por un fresco viento del norte, se amontonaban formando un ancho semicírculo que

interrumpía la Isleta con sus altos conos volcánicos, a cuyos pies principiaban ya a asomar las olas de los dos opuestos mares a que sirve de dique el istmo de Guanarteme.

El desconocido examinó por un momento, con la vista ejercitada de un experimentado marino, el mar, el cielo y la dirección del viento, y después de algunos instantes de reflexión, se acercó precipitadamente a sus marineros, les dió una nueva orden, que ellos oyeron con respetuosa atención, y dirigiéndose al esclavo le hizo seña de que le siguiese.

Ya hemos dicho que en 1506 no existían el castillo, las casas, ni la ermita que hoy se ven en el puerto de La Luz. La playa, con sus caprichosas ondulaciones, se extendía,

sin interrupción, hasta las rocas que forman la punta de Barreto.

Hacia ese lado se dirigía el joven marino, con la vista fija siempre en el mar, cuando de pronto se detuvo, y mirando atentamente al mozo, que en silencio le seguía le preguntó con acento breve:

—¿Desde cuándo eres esclavo?

—Desde que nací.

—¿Tienes familia?

—Una hermana.

—¿Dónde está?

—Es esclava de doña Ursula.

El joven volvió a quedarse pensativo, y en seguida replicó:

—Necesito que vayas a la ciudad, veas a tu hermana y le digas que has recobrado ya tu libertad.

—¡Mi libertad!--y el semblante del mozo se tornó profundamente pálido.

—Sí, desde hoy no tienes amo.

—¿Será posible!

—Puedes convencerte alejándote ahora mismo de aquí, dando cumplimiento a mis órdenes.

—Pero, ¿quién sois vos? Decidme al menos vuestro nombre para poderlo bendecir toda mi vida.

—¿Qué te importa?

—¿No creéis en el agradecimiento?

El joven se sonrió con dulzura.

—¡Silencio! ¡Estamos perdiendo un tiempo precioso! ¡Corre sin tardanza a la ciudad, busca a tu her-

mana y, después de anunciarle, como ya sabes, tu libertad, me esperas a su lado y le añades que esta noche me aguarde en el sitio que ella sabe!

A tan extrañas palabras el esclavo miró con asombro al joven y, creyendo descubrir en lo que oía algún peligro oculto que amenazara a su pobre hermana, manifestó su repugnancia contestando con generoso desprendimiento.

—Prefiero, señor, la esclavitud si, de llevar ese mensaje, puede resultar algún perjuicio a Mariana.

—Vé sin temor. Ella me conoce y sabe quien te envía.

—Pero...

—No lo dudes. Un poder invisible vela por nosotros y extiende su brazo protector sobre todo lo que nos rodea.

Y diciendo esto se inclinó hacia el mozo y, en el mismo dialecto desconocido con el que poco antes hablara a los marineros, pronunció algunas frases en voz baja.

El efecto fué instantáneo. Cruzáronse los brazos del indígena en ademán de profundo respeto, levantó sus ojos al cielo como poniéndolo por testigo de su fidelidad, y sin pronunciar una sola palabra, desapareció en dirección al Real de Las Palmas.

El joven quedó solo y, con la cabeza inclinada, continuó sus paseos

por la parte más oculta de la playa.

Hallábase la tarde muy avanzada cuando el bote que conducía a los viajeros se desprendió de la barca y surgió las agitadas olas, no sin grave peligro de zozobrar.

Efectuóse, sin embargo, la travesía con toda felicidad, pisando al fin las señoras y sus nobles acompañantes la arenosa orilla, gracias al celo desplegado por el patrón, conocedor de la bahía y sus peligros.

Y era que, aquella tarde, a causa de una de esas grandes mareas equinocciales, tan frecuentes en septiembre, y a impulsos del viento norte, se había convertido en un extenso lago la playa comprendida entre el istmo y el sitio donde hoy se levanta el fuerte de Santa Catalina.

Los ballesteros, obligados a perder continuamente terreno por el movimiento progresivo del mar, habían retrocedido hacia la Isleta, observando, con un asombro mezclado de terror, la invasión continua del agua que hacía desaparecer, a impulsos de su repetido e incesante oleaje, la estrecha lengua de tierra que une el puerto con la ciudad.

Este fenómeno difundió la alarma entre aquellos bravos soldados, y la pequeña guarnición y los pescadores, creyendo sin duda alguna que iba a repetirse aquella noche el diluvio universal.

La llegada de los viajeros distra-

jo un poco a todos de aquel peligro y deseosos de ver a la novia, se adelantaron en tropel, aunque respetuosamente, formando círculo en torno de su viejo capitán.

Este y su cuñado, entretanto, habían ofrecido a las señoras por asiento un tosco banco de madera que se encontraba entre los muebles de la guarnición, y sobre el cual se dejaron caer ellas con manifiesta señales de cansancio.

Entonces pudieron todos satisfacer la curiosidad que allí les había atraído, y contemplar a su autoje el semblante de la joven desposada, comparándolo con el tosco, pero animado retrato que les había delineado el ballestero aquella misma tarde.

Isabel tenía, en efecto, dieciocho años, y sus facciones alteradas algún tanto por el sufrimiento del viaje marítimo, reflejaban, sin embargo, toda la pureza y castidad de su alma. Negros eran sus ojos, como había dicho muy bien el soldado, y su boca, que conservaba aún los suaves y graciosos contornos de la niñez, se entreabría con frecuencia para dejar aparecer una sonrisa, triste y melancólica, que prestaba a sus facciones un encanto indefinible. Podía decirse que aquella sonrisa era un vago presentimiento del porvenir que le aguardaba. Su estatura, más bien pequeña que eleva-

la, su color blanco, sonrosado, su cintura, delgada y elegante, hacían de Isabel una de esas mujeres que á veces soñamos, pero que pocas veces descienden a la tierra para tomar una forma corporal.

En cuanto a la vieja tia, esposa del asentista, sólo diremos que era una señora muy respetable, cuya edad frisaba en los cincuenta, con una cara enjuta y huesosa que recordaba a una legua las duras y angulosas facciones de su hermano el capitán. De rígidas costumbres, inspiraba respeto a todos en la colonia, pero nunca cariño y amistad. No era el suyo uno de esos caracteres simpáticos que se adhieren a todo lo que encuentran y se asimilan todos los sentimientos con el poder expansivo de su privilegiada naturaleza. Era, por el contrario, peculiar en su vida privada, orgullosa con sus iguales, soberbia con sus inferiores.

Sentadas estas dos mujeres en el banco de madera que dominaba la playa, iluminados sus semblantes por los últimos rayos del sol poniente, podían recordarnos las dos estaciones del año: el frío y árido invierno y la hermosa primavera con sus flores.

Inútil nos parece consignar que todas las miradas se detenían, curiosas y satisfechas, sobre la deslumbradora y simpática belleza de

la joven isleña, envidiando unos la suerte del viejo soldado, y sonriéndose otros malignamente al recordar, no siempre halagüeño, de las escenas que ofrece un matrimonio desigual.

El asentista fué el primero que distrajo a todos de esta silenciosa contemplación, manifestada, sin embargo, con las formas más respetuosas, indicando a las señoras la inundación del istmo.

—Jamás creí que pudiera esto suceder—exclamó, sin perder un solo momento su tono zumbón—. Los dos mares se han unido, y si nuestro buen amigo Pedro no posee el don de separar las aguas, como Moisés, tendremos que pasar aquí la noche.

—Sin que apelemos a ese poder sobrenatural—contestó don Pedro, atusándose el bigote y afectando un aire juvenil y petulante—, me parece que conseguiremos trasladarnos a la ciudad.

—¿Qué dices, hermano?—prosumió con voz chillona don Ursula—. ¿Quieres ahogarnos?

—Tal vez intente volvernos a embarcar, o llevarnos por los aires—añadió con socarronería el asentista.

—¡Oh, señores—exclamó entonces la joven hablando por primera vez y juntando sus manos en actitud suplicante—, no me condenéis

al martirio de pisar otra vez un buque!

—Nada temáis, Isabel—dijo el capitán, adelantándose con aire protector—. Mi pensamiento es otro, como lo vais a ver. Ese brazo de mar que ahora ocupa el sitio del istmo, apenas tiene dos pies de profundidad y, de consiguiente, puede vadearse sin peligro, no sólo a caballo, sino a pie.

—Pero, ¿y quién nos servirá de guía?—observó la vieja con desconfianza.

—Sí, ¿quién nos enseñará el vado?—añadió el asentista, sonriendo con malicia.

—¡Bah! No se necesita guía para eso.

—¿Y los hoyos?

—¿Y las corrientes?

—¡Bien, bien, callaos, que se buscará el guía!

El capitán, comprometido ya a llevar a cabo su proyecto, miró en torno suyo como si tratase de encontrar entre los marineros uno que le inspirara la suficiente confianza, cuando sus ojos tropezaron con los del joven marino que, a cierta distancia del grupo, miraba alternativamente la inundación con aire preocupado, y al capitán con sombrío ceño.

—Ya tengo el hombre que buscaba—murmuró por lo bajo el enamorado viejo.

Y, sin detenerse, encaminó sus pasos hacia el sitio que ocupaba el desconocido.

—¡Hola, buen hombre! le gritó desde lejos—. ¿Quieres acercarte?

El joven le miró con fijeza y se acercó, adelantándose con marcada lentitud.

—Dime—prosiguió, aquél, luego que estuvo a poca distancia—. ¿Conoces el país?

—No os comprendo.

—Quiero decir, si eres práctico en estas costas.

—Diez años hace que las recorro como piloto.

—¿Te atreverías entonces a guiarme mi litera con seguridad completa a través de la inundación y conducir a las señoras a la ciudad?

—¡Ah! ¿Es esa vuestra pretensión...?

—Ya ves que es bastante honrosa para ti.

—Indudablemente.

—Tengo en ello un gran empeño, y puedes contar desde este momento con mi protección y generosidad.

El joven se sonrió ligeramente y, antes de contestar, miró con gravedad el mar, los buques, las nubes y la dirección del viento, meditó un instante y, como si de pronto hubiese tomado una resolución definitiva:

—Vamos—dijo—. Yo conduciré a la ciudad.

—Espera... nos faltan aún las condiciones.

—Las acepto todas de antemano.

—Es que si hubiese el menor peligro me respondes con tu cabeza de la vida de los viajeros.

—Respondo.

—En ese caso estamos de acuerdo.

El joven, sin darle más contestación, inclinó la cabeza en señal de asentimiento y principió a andar en dirección al grupo.

... m cierto

resto de desconfianza, se detuvo, miró á su alrededor y, luego, levantando los hombros con un movimiento de desprecio bien marcado, que era sin duda respuesta a alguna muda interrogación, se apresuró a seguir los pasos de su improvisado guía que, con aparente tranquilidad, avanzaba por la movediza arena, indiferente a las sospechas que su aspecto parecía despertar en el ánimo del viejo.

Se conocía que el miedo no había tenido nunca entrada en el corazón del atrevido marino.



EL ISTMO DE GUANARTEME

SEGÚN iba disminuyendo la distancia que separaba a nuestros dos interlocutores del grupo formado por los viajeros, y hacia el cual, como hemos dicho, ambos se dirigían, el patrón acortaba la extensión de sus pasos; mientras la aumentaba el capitán. De este doble movimiento resultó al fin lo que naturalmente había de suceder, esto es, que don Pedro llegó al banco, donde con impaciencia era aguardado, cuando el marino se encontraba a mucha distancia de aquel sitio.

En aquel momento ambos se detuvieron: el capitán enfrente de las señoras, el patrón junto a la litera situada casualmente en la línea que seguía.

—¿Has encontrado ya a tu Moisés?—le preguntó su risueño amigo.

—Sí, y espero que nos satisfará a todos... Es un guapo mozo...

—¿Tenéis en él la suficiente confianza, hermano?—se apresuró a añadir la vieja.

—Creo tenerla... Por lo tanto no nos detengamos, que la noche se acerca.

—¿Dónde está el mozo para interrogarle?

El capitán volvió los ojos, admirado de que el joven no le hubiese seguido; pero, al verle junto a la litera, comprendió o creyó adivinada su discreción, y señalándole a la atención de doña Ursula, contestó:

—Allá nos aguarda, examinando sin duda los arneses de las mulas. En marcha.

Y uniendo la acción a la palabra, dió él mismo el ejemplo, adelantándose de nuevo hacia el piloto.

Seguíanle de cerca las señoras con el asentista y, cubriendo la retaguardia, los ballesteros y soldados.

A los pocos momentos estaban todos reunidos, rodeando, como era natural, al que iba a servirles de guía a través del inundado istmo, cuya opuestas olas se entrecuchaban ya.

El capitán fué el primero que tomó la palabra, diciéndole al desconocido:

—Hémos aquí ya, patrón, dispuestos a poner nuestras vidas en tus manos.

El joven se inclinó con ademán respetuoso, pero no contestó.

Ejuntamente, la colocación del grupo era la siguiente: El asentista observaba con curiosidad la creciente invasión de las olas y los reflejos de púrpura que el sol poniente lanzaba sobre los dos extensos mares. Los ballesteros, por instinto militar, callaban, cerrando el círculo y esperando con filosófica resignación la voz de mando de sus jefes. Isabel contemplaba la litera con el aspecto de una persona que piensa en otra cosa y que mira sin ver. Mientras, doña Ursula y su hermano se acercaban al patrón que, medio oculto en la sombra, esperaba con cierta inquietud el interrogatorio a que iban a someterle.

—Este es el mozo—le dijo el ca-

pitán, luego que llegaron—. ¿Qué te parece, hermana?

—Veamos, patrón—repuso la anciana señora con su acento duro e imperativo—; repetidnos, si lo tenéis a bien, las seguridades que habéis dado a mi señor hermano.

—Le he dicho, señora—contestó el joven en voz baja e inclinándose sin afectación—, que guiaré la litera sin riesgo ni peligro alguno, y con la ayuda de Dios, a través del istmo.

—¿Conocéis la responsabilidad que de esa manera aceptáis?

—La conozco.

—¿Y no tenéis arrostrarla?

—No lo temo.

Estas breves palabras pronunciadas con seguridad y energía, como las de un hombre acostumbrado al mando, produjeron diversas impresiones en las personas que las oyeron. El capitán se contoneó satisfecho y orgulloso del buen éxito de su comisión. Doña Ursula hizo una inclinación de cabeza, manifestando su completo asentimiento. Don Gonzalo se volvió con curiosidad y examinó un momento, visiblemente complacido, las expresivas y varoniles facciones del piloto, en tanto que Isabel, bruscamente despertada de su silenciosa meditación por el sonido de aquella voz extraña, dió un paso adelante y fijó sus grandes ojos, interrogadores y admirados.

sobre el semblante del improvisado guía.

La inspección fué rápida como un relámpago, pero produjo en ella una emoción que en vano trató de disimular. Una ráfaga de fuego subió de su corazón a la frente y descendió a sus mejillas, cubriéndolas de un color de anapola que desapareció instantáneamente, sucediéndole una palidez mortal. Se detuvo un momento, se apoyó en la litera y se llevó la mano al corazón, como si tratara de ahogar sus latidos. Todo esto pasó en menos de un segundo, sin que ninguno de los circunstantes notase esta súbita transformación, si se exceptúa el joven marino que, con afectada indiferencia, seguía sus menores movimientos.

Doña Ursula, que no encontraba ya objeciones que oponer a los proyectos de su hermano, cortó el diálogo empezado, diciendo:

—Supuesto que no hay peligro, entremos en la litera y colocaos junto al ventanillo. Quiero teneros cerca de mí.

—Descuidad, señora.

—Vamos, Isabel, desecha todo temor. Este honrado marinero nos promete un buen viaje.

—¿Teme algo esta señorita?—repuso él entonces acercándose a la joven que, pálida aún y apoyada en

la litera, no se había movido de aquel sitio.

—Isabel nada teme teniéndome a su lado—contestó con cierta aspereza el capitán, mientras inspeccionaba nuevamente los tiros y arneses de las mulas.

El desconocido, sin cuidarse de esta brusca interrupción, se aproximó más a la joven y, cuando estuvo casi a su lado, quitándose el sombrero, añadió con voz respetuosa, acompasada y dulce:

—Señorita, subid sin temor. Yo respondo de todo.

Y subrayando, por decirlo así, el yo, por medio de la entonación particular con que lo pronunciara, miró tranquilamente a Isabel que, muda de asombro, parecía una estatua. Pero, de pronto, y por una transición inesperada, ella, que tan tímida se manifestaba, levantó sus hermosos ojos, y con una voz que revelaba todavía un resto de emoción, le contestó:

—Estoy dispuesta, urranda...

El marino se estremeció, y un reflejo de suprema dicha iluminó rápidamente su semblante. Se inclinó para dar las gracias y murmuró en voz baja que apenas ella pudo oírle:

—Dejad caer vuestro pañuelo.

En este momento, ya fuese porque deseara el capitán apresurar el viaje a la ciudad, ya porque instintivamente recelara de todos los que

se acercaban a su futura, ello es que se interpuso entre él y la joven, y ofreciendo a ésta su mano, añadió en voz alta:

—¡ Nuño, los caballos!

Mientras se ejecutaba esta orden, doña Ursula se instalaba en la litera, siguiéndole luego Isabel, guiada siempre por su futuro esposo. Pero, antes de cerrar la portezuela, los ojos de la joven se volvieron hacia el piloto que se había detenido a dos pasos de distancia. Después de fijarlos un momento sobre aquella noble y franca fisonomía, los bajó en silencio y dejó caer sobre la arena su pañuelo.

Inmediatamente el desconocido, que sin duda esperaba este movimiento, se precipitó sobre el codiciado lienzo, y alzándolo, lo entregó a la hermosa niña, acompañando esta devolución con una muda y significativa ojeada que revelaba la existencia de un importante secreto entre ambos.

Sin duda la mirada fue comprendida, porque el pañuelo, en vez de quedar abandonado sobre los cojines que servían de asientos a la litera, permaneció entre las manos de la joven.

¿Qué secreto era este? Observemos con atención la inquietud que aparece en sus facciones, el rubor que enciende su frente y el temblor

convulsivo de sus manos cuando tropieza con un pequeño pergamino, cuidadosamente enrollado y envuelto en los dobleces del pañuelo, y entonces nada más fácil que resolver el problema.

¿Qué hacían entretanto don Pedro y doña Ursula? ¿Habían adivinado la diestra y atrevida maniobra del desconocido patrón? En cuanto a don Pedro, podemos desde luego asegurar que nada sospechaba. Demasiado orgulloso para suponer una infidelidad en su prometida, estaba lejos de pensar que un oscuro marinero se atreviera a levantar sus ojos hacia la noble descendiente de los Mendozas y Guanartemes. No diremos lo mismo de doña Ursula, porque, con aquella perspicacia natural de las mujeres que afectan rígidas costumbres, todo lo observaba con desconfianza, y de cualquiera acción, por insignificante que fuese, deducía alarmantes y funestas consecuencias. Al ver la caída del pañuelo, su inmediata entrega y el rubor de su pupila, dedujo que algo extraordinario tenía lugar en aquel momento, si bien no podía alcanzar su objeto y trascendencia. Se propuso, pues, como mujer prudente, disimular sus sospechas, y, cerrando la portezuela, dió a su hermano la orden de marcha, mientras fijaba su mirada astuta sobre Isabel, que, inmóvil y con los ojos clavados en el

suelo, oprimía convulsivamente entre sus dedos el oculto billete.

La litera en tanto se había puesto en movimiento, seguida de toda la comitiva y guiada por el joven marino, que marchaba a su frente en dirección al istmo.

Largo rato reinó entre todos un profundo silencio, interrumpido sólo por el acompasado movimiento de los soldados y el ligero pisar de los caballos sobre la movediza arena.

No descansaba, sin embargo, la imaginación de la vieja señora, más y más alarmada según iba analizando los síntomas que la inexperiencia de su sobrina le suministraba sin trabajo alguno.

Demasiado astuta para abordar de frente la solución de aquel enigma, pero contando con la sencillez de su adversario, le dirigió de repente la siguiente pregunta, que acompañó con una ambigua sonrisa.

—Veamos, Isabel, ¿qué te parece nuestro guía?

La joven, que no esperaba semejante interpelación, levantó la cabeza, se estremeció y, fijando sus hermosos ojos con cándida admiración sobre su maliciosa pariente, le contestó:

—¿Le conocéis, tía?

—No..., ¿y tú?

La niña vaciló algunos momentos antes de responder, y luego, in-

clinando de nuevo la cabeza, dijo con voz temblorosa:

—No sé...

—¡Ah! ¿No sabes?

—Me parece... creo... su voz...

Y la joven no pudo concluir su frase.

La vieja reflexionó un instante. El enigma era más curioso de lo que ella misma había al principio sospechado.

—¡Vamos—añadió, acompañando sus palabras con una indulgente sonrisa—, serénate, hija mía! No parece sino que has cometido algún pecado y temes confesarlo. Si has visto en otro sitio a ese mozo, nada encuentro en ello que sea digno de censura... ¡Tal vez sea uno de esos patronos que nos traen de Génova o de Liorna esos bonitos trajes de brocado que tan caros nos venden...

—¡No, no, imposible...! Jamás le he visto de marinero.

La dama, al oír estas palabras, pronunciadas con un acento de verdad que alejaba toda duda, dió un salto en el asiento, y reconcentrando en sí misma toda la atención de que era capaz, replicó:

—Niña, ¿estás segura de lo que dices?

—¡Segura, no...; pero...

—Explicate, Isabel; nada de reticencias; mira que es muy grave lo que acabas de confesar.

—No os asustéis, tía, contestó.

la joven, procurando serenar su semblante y dar a su voz una entonación más firme—; pues si bien creo reconocer en sus facciones la de otra persona que he visto en La Laguna, en uno de los momentos más críticos de mi vida, también lo es que no podría fijar ahora su identidad. De todos modos, si es la misma, nada tenemos que temer, porque es incapaz de ofendernos.

—Me asustas, Isabel, y hay motivos para estarlo. Si no veamos. ¿quién es esa persona que no conozco, que se disfraza con un vestido que no es el suyo, que nos espera en esta solitaria playa, que se acerca y te habla a media voz, que te recoge el pañuelo, como pudiera hacerlo un noble, y que parece espiar tu semblante para hacerte, sin duda, alguna seña?

La joven, temblando por su billete, lo oprimió contra su corazón, que desordenadamente latía bajo su vestido.

—No sé—dijo— si he obrado con ligereza al hablaros de ese modo. Hay ocasiones en que es muy fácil engañarse. ¿No es cierto, tía, que hay en el mundo semejanzas asombrosas?

La vieja movió la cabeza, como si no lo satisficiera esta explicación, y repuso con cierta impaciencia.

—¡No seas tonta, niña! Esa cara no es fácil confundirla con otras,

aunque transcurran muchos años. Hay demasiada nobleza en su frente, demasiado fuego en sus ojos, para que esa frente y esos ojos pertenezcan a un oscuro marinero. Preciso es que recojas tus recuerdos y me expliques eso. ¿Cuándo has visto por primera vez a ese joven?

—Pero, si no estoy segura...

—¡Basta que yo lo esté!

—Creéis pues...

—Creo que ese joven, de quien misteriosamente me acabas de hablar, y el marinero que nos sirve hoy de guía, son una misma persona.

—¿De veras?

Y el semblante de la joven se iluminó con un rayo de suprema dicha, que no pasó inadvertido a los perspicaces ojos de la vieja.

—No lo dudes. El disfraz es evidente. Cuéntame, pues, esa historia, que debe ser curiosa.

—Al contrario, señora, es muy sencilla...

—¡Ah! ¿Tú crees?... Bien. Nada importa. Curiosa o sencilla, deseo conocerla. Veámos el secreto.

—Estáis equivocada, tía; en lo que voy a contaros no hay secreto alguno.

—Sea así, pero habla pronto.

—¿Os acordáis, señora, de aquel horroroso incendio que consumió en La Laguna la casa en que vivía. ¿Os acordáis de qué yo entonces es-

tuve expuesta a ser presa de las llamas, y que sólo debí mi salvación al arrojó de un desconocido?

—Lo recuerdo.

—Pues bien, querida tía; ese desconocido se parece mucho al marinero que conduce la litera.

—Comprendo...

—Ya véis que en esto no hay ningún misterio.

—¡Ya...! ¿Y no le has vuelto a ver antes de esta tarde?

—¡Oh, sí señora! Le he visto muchas veces...

—¡Dios no tenga de su mano!

—Pero cuando he deseado hablarle y repetirle de nuevo mi gratitud, ha desaparecido siempre, sin que nadie haya podido jamás darme noticias de su nombre y profesión.

—¿Y cuál era su vestido?

—Sencillo, rico y elegante.

—¿Y jamás te ha hablado?

—Jamás, señora.

—¿Y escrito?

La niña titubeó, porque sin duda éra la primera vez que la idea de decir una mentira se presentaba a su imaginación. Sin embargo, hizo un esfuerzo, y acordándose de la mirada suplicante del extranjero, contestó:

—Nunca he visto su letra.

La vieja guardó silencio por algunos instantes, y luego repuso:

—¿No recuerdas ninguna otra

aventura que tenga relación con ese misterioso joven?

—Mi vida era muy retirada. Bien lo sabéis, señora!

—Eso no impedía que alguna dueña o sirviente pudiera llevar recados o billetes...

—Imposible, tía. Tal proceder me hubiera ofendido, lejos de vuestra presencia. La voluntad de mis padres fué que vos elegiéseis el hombre que ha de ser mi esposo. La elección se hizo, y desde aquel instante ya no me juzgué libre.

—Me complace oírte hablar así. Eres un modelo de virtud y obediencia. Esto no impide que me cause asombro la audacia de ese extranjero que con tal perseverancia nos sigue hasta Canaria. Preciso será arrancarle su disfraz.

—¿Y si no fuera el mismo?

—Lo juraría.

La joven emudeció porque no encontraba razones que oponer a la opinión de su tía, de la que instintivamente participaba.

Al llegar a este momento, el diálogo se interrumpió bruscamente por un fuerte sacudimiento de la litera que, lanzando a la vieja de su asiento, la arrojó sobre el que ocupaba su sobrina, no sin que ambas prorrumpearan en un grito de espanto.

—¿Qué había sucedido?

—Ya hemos dicho que la comitiva, alineada detrás de la litera, excepto

las dueñas y el escudero, que se habían quedado en el puerto hasta el día siguiente, seguía en medio de la inundación el camino que le trazara el misterioso aventurero.

Estaba ya próxima la ermita de Santa Catalina, que, como hemos dicho antes, se levantaba en aquella época a la entrada del istmo, pero en sitio más elevado, cuando la mula delantera, hundiéndose hasta las cinchas, comprometió con este movimiento la seguridad de las lamas.

Inútil es decir que el capitán, lanzando su caballo hacia el lugar del peligro, y en medio de espantosos juramentos, trató de vengarse del guía, atribuyendo aquella desgracia a su inexperiencia o mala fe. Pero antes de que pudiera acercarse al joven, éste, con un movimiento que revelaba una fuerza y destreza poco comunes, obligó a la mula a salir del atolladero, y, cambiando diestramente la dirección de la litera, la condujo sin más tropiezos al pie de las murallas de la ermita.

Satisfecho con este resultado el enamorado viejo, olvidó sus malos propósitos y se apresuró a abrir la portezuela, deseoso de tranquilizar a las damas que, en brazos la una

de la otra, creían encontrarse ya en medio de los mares.

Restablecida al fin la calma, tranquila la comitiva, y seguros todos de llegar felizmente a la ciudad, doña Ursula recordó con creciente desconfianza las revelaciones de su sobrina, y llamando a un lado a su hermano, le habló en secreto un breve rato.

El capitán, después de oírlo con atención, montó a caballo y se alejó con prontitud en busca del guía. Pero como la noche había cerrado y el sitio donde estaban ofrecía algunos inconvenientes, el capitán, acosado por el asentista, y viendo que eran inútiles todas sus pesquisas para encontrar al desconocido, dió orden de continuar la marcha, redoblando al mismo tiempo las precauciones porque en el estado en que se hallaba la colonia no era difícil que una banda de forajidos bajase de los montes y tratara de asensinarlos en aquellos desiertos arenales.

Los soldados, pues, estrechando sus filas y preparando sus armas, se agruparon todos en torno de la litera que, en silencio, emprendió de nuevo su viaje hacia Las Palmas.

EL BILLETE

A pesar de tan siniestras predicciones la comitiva llegó sin el menor peligro a la ciudad, cuyas solitarias calles cruzó con rapidez hasta llegar junto a la puerta de la casa de doña Ursula, donde se hizo alto.

Hallábase situada esta casa en el barrio que ya desde entonces se llamaba de Vegueta, y a orillas del riachuelo que cruza la población. Por el lugar que ocupaba era su posición una de las más ajenas y pintorescas de la naciente capital, dominándose desde sus ventanas y balcones el valle de San Roque, las vegas de San José y San Lázaro, la bahía, el puerto de La Luz y la Isleta, con sus cinco montañas de azulados reflejos.

La fachada no correspondía, sin embargo, a tan ventajosa situación.

ni a las comodidades que se observaban en sus departamentos interiores, pues, según el gusto dominante de la época, se componía tan sólo de algunas aberturas desiguales, que mal pudiéramos llamar ventanas, diseminadas con suma economía, y a caprichosas distancias, en un lienzo de pared de treinta varas de largo por diez de alto.

Daba entrada a la casa un largo y oscuro portal, cerrado a todas horas con anchas y dobladas puertas, desde el cual se llegaba a un patio de colosales dimensiones, donde se elevaban todavía, majestuosas y esbeltas, algunas palmas, resto del bosque que cubría los alrededores del campamento español.

Se subía a la izquierda por una escalera de anchos y descansados peldaños, en la que se habían pro-

digado hasta el exceso las más exquisitas maderas de la isla, desembocando luego en una galería de desmesurada extensión que rodeaba los cuatros ángulos del patio.

Esta parte de la casa, a pesar de su buena luz, era, sin embargo, triste y sombría, si se comparaba con el departamento que miraba al norte, cuyas ventanas recibían los dulces perfumes de las flores y ofrecían la agradable vista de los muchos árboles que se extendían en suave pendiente hasta las márgenes del Guiniguada.

A este departamento fué donde, después de una cena cuyos honores hizo el asentista con su buen apetito, a la que también asistió don Pedro, se dirigieron doña Ursula y su pupila, seguidas de las dueñas y doncellas que la vieja señora destinaba al servicio de la huérfana.

Luego que ambas llegaron a un extenso salón abovedado, cuyo techo de talladas molduras parecía, a la escasa luz de las lámparas, más alto y más sombrío, doña Ursula se detuvo, le dió a su sobrina un estrecho abrazo, le deseó una buena noche y, dejándola con las dueñas, se retiró a su aposento a descansar de las fatigas de tan penoso viaje.

Se quedó, pues, la joven acompañada de las dos respetables matronas, que al principio de esta relación hemos visto sentadas a la ori-

lla del arroyo, junto a la puerta de Tefana, las cuales acababan de llegar del puerto, conducidas por el viejo escudero.

Hubo un momento de silencio, durante el cual miró con instintivo recelo los angulosos semblantes de las dueñas, que a su vez la examinaban con curiosidad. Se resolvió al fin a preguntarles dónde estaba su dormitorio.

--Seguidnos-- contestaron ambas apoderándose con viveza de las lámparas que alumbraban débilmente el salón, dirigiéndose hacia el fondo cuyo límite no permitía descubrir la oscuridad.

Una puerta ancha y baja, con grotescas molduras, en la cual se destacaba sobre un fondo oscuro un cuadro representando el martirio de San Lorenzo, se abrió al empuje de las dueñas que, respetuosamente, se detuvieron señalando a la huérfana el interior.

Isabel entró y se encontró agradablemente sorprendida al verse en un pequeño dormitorio, adornado con cierta elegancia, desconocida hasta aquella fecha en la casa de doña Ursula.

Una ancha y elevada cama se alzaba en el fondo. Asientos, mesa y reclinatorio de severas formas se veían diseminados con cierta armonía por la pieza, cuyo suelo cubría una alfombra, mientras las paredes

se hallaban ocultas por ricos tapices; representando asuntos bíblicos.

En un hueco, abierto expresamente en la pared, se alzaba un pequeño altar, donde la piedad había colocado una virgen de los Dolores, ante la que ardía constantemente una lámpara.

El aposento no tenía más huecos que una ventana y dos puertas, cerradas en aquel momento, que no se atrevió la joven a examinar, contentándose con echar una rápida ojeada sobre los diversos objetos descritos. Se detuvo un instante, y dirigiéndose a las dueñas que, en pie junto a la puerta, esperaban sus últimas órdenes, las despidió con un afectuoso movimiento de cabeza.

—¿No os acostáis?—se atrevió a preguntar la más anciana, admirada de que así se las despidiera.

—Estoy acostumbrada a servirme por mí misma.

—De modo que...

—Podéis desde luego retiraros.

—Nosotras dormimos en la ceterana pieza y estaremos siempre dispuestas a acudir a la primera señal.

—Gracias.

Y la joven, acercándose a la puerta, la cerró tras las dueñas, quienes, haciendo profundas reverencias y pesarasas de tener un ama tan poco comunicativa, se retiraron murmurando a su aposento.

Al fin Isabel se encontró sola. Ya

era tiempo. La joven, rodeada de personas desconocidas que iban a ejercer sobre su destino una influencia tan decisiva, buscaba ansiosa la soledad y el silencio donde elevar a Dios sus oraciones y pedirle el valor y la resignación necesarios para conformarse con su triste suerte. Así pues, no bien estuvo sola, se dejó caer de rodillas junto al altar de la Virgen, cuya lámpara de dudosa luz iluminaba débilmente el dormitorio, y oró allí largo rato con religioso fervor.

Ya hemos dicho que Isabel había quedado huérfana desde sus más tiernos años, habiendo sido confiada su educación a la esposa del asentista, tanto por el cercano parentesco de ésta con los padres de la niña, como por sus austeras y ejemplares costumbres.

Aunque nacida en Canaria, la educación de Isabel se había perfeccionado en La Laguna, de donde doña Ursula, celosa de la influencia que pudieran ejercer sobre su pupila, acababa de traerla, fijando para siempre su destino con la elección definitiva de esposo.

Ahora bien, la afición de la huérfana, ¿era el resultado de algún recuerdo de familia, de alguna presente amistad, o de algún amor perdido? Isabel lloró y se sintió aliviada. Su oración subió al cielo y allí sin duda fué atendida, porque una

dulce serenidad se reflejó en su semblante. Se levantó del reclinatorio, recorrió con la vista el aposento, y fué a sentarse en un ancho sillón de cuero que se alzaba frente al nicho de la Virgen, permaneciendo entregada a una silenciosa meditación.

Transcurrió así una hora. ¿Qué pensamientos eran los que entonces la agitaban, qué así olvidaba el cansancio del camino y la fatiga que debía experimentar después de tan penoso viaje? Lo ignoramos, pero sí podemos asegurar que eran de distinta naturaleza que los anteriores, porque sus ojos nublados por el llanto se iluminaron con un dulce resplandor, y su pecho, antes agitado, se movía ahora con regularidad.

¿Qué sucedió luego?

La joven, después de dudar un momento, tendió con timidez una mirada investigadora a su alrededor, se alzó con lentitud, se acercó al nicho donde ardía la lámpara, desdobló temblando un pequeño pergamino oculto y enrollado en su pañuelo, y leyó lo que sigue:

“Perdonad, Isabel, a un hombre que os es desconocido, la audacia de querer mezclarse en vuestra existencia. En otro tiempo, cuando érais todavía una niña, conocí a vuestra madre y le juré en su lecho de muerte velar constantemente por vos.

Para cumplir mi promesa os seguí a La Laguna y luego a Canaria, donde permaneceré invisible a vuestro lado, aunque dispuesto siempre a acudir en vuestro auxilio si os amenazara el menor peligro.

En todas las ocasiones de peligro, y cualquiera que éste sea, nada temáis, Isabel, porque estáis bajo mi protección.

He sabido que dentro de pocos días váis a desposaros con el hermano de doña Ursula. Si ese matrimonio no os conviene y quisierais romperlo, llamadme desde luego, que yo sabré deshacerlo y devolveros vuestra completa libertad. ¡No os asustéis, no! Es un hermano que acudé al socorro de su hermana, porque nosotros, Isabel, somos hermanos por el aislamiento, por la orfandad, por el dolor. Tened confianza en mí. Confianza ilimitada. Cuando el llanto os ahogue, cuando la angustia oprima vuestro corazón, abrid el nicho de la Virgen que tenéis en vuestro dormitorio, alargad la mano y encontraréis en el fondo un cordoncillo; tirad de él sin vacilar y, cualquiera que sea la hora en que esa señal me indique vuestro deseo, me encontraréis al momento a vuestro lado. Desde este instante podéis estar tranquila. El porvenir os pertenece.”

Fácil es comprender cual sería la

sorpresa que esta carta singular produciría en el ánimo de la joven.

Impresionada vivamente por la protección invisible de que era objeto, asustada por el agente misterioso que velaba por su existencia y porvenir, sintió correr por sus venas un frío glacial que paralizó sus movimientos. De pie, pálida y convulsa, miró alternativamente las dos puertas, esperando ver por momentos aparecer en el umbral la figura de su desconocido protector.

Solemne era el silencio que en toda la casa reinaba. Se oía sólo a intervalos el ruido de las palmeras con el viento agitaba en el jardín con sacudimientos desiguales, y el monótono caer del agua que en las fuentes desbordaba para correr luego al mar por el cauce del barranco. Excepto estos ruidos, que hacían la soledad más misteriosa, el aislamiento era completo. La noche parecía pesar sobre el oscuro aposento. Sus sombras medrosas, que crecían y menguaban al resplandor oscilante de la lámpara, presentando los muebles con fantásticas formas y dando a las figuras del tapiz dimensiones colosales, eran bastante para inspirar un terror profundo al corazón de Isabel.

Presas de estas emociones, sin valor para combatir las, la huérfana continuaba en pie, semejante a una

estatua que reprodujera exactamente la imagen del terror.

Su angustia, pues, crecía por momentos y, sin atreverse a dar un solo paso para llamar a las dueñas, ni con fuerzas para moverse de aquel sitio, sus ojos, casi cerrados por el miedo, se fijaron casualmente en el semblante de la Virgen que, sonriendo, parecía dirigirla en aquellos momentos una mirada protectora. Entonces, cayendo de rodillas, cruzó sus manos y oró de nuevo fervorosamente, implorando el auxilio de Aquella que desde el cielo la miraba.

La oración sin duda le devolvió el sosiego, porque, al levantarse, su mirada era más firme y su andar más seguro.

Se dirigió luego a las puertas, recorrió varias veces y en todas direcciones el dormitorio y, abriendo otra vez el billete, tornó a leerlo con lentitud, como si procurara adivinar el sentido oculto de cada frase.

Esta segunda lectura produjo en ella un efecto contrario al que esperaba. Las palabras que antes le habían intimidado le parecieron ahora respetuosas. El nombre de su madre, invocado con tanta oportunidad, le inspiró confianza. Y añadiremos que no era extraño a este cambio el recuerdo del gallardo marinero.

Si el misterio que le rodeaba po-

ría inspirar sospechas en otras circunstancias, y a personas de mayor experiencia, la joven vió en ese misterio un nuevo y más poderoso motivo de tranquilizar su espíritu, haciendo su orgullo de mujer. Además, ¿qué podía temer de un hombre que con tanta abnegación le había salvado la vida, y que ahora le ofrecía una libertad completa para disponer del porvenir?

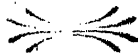
Estas ideas cruzaron rápidas y confusas por su imaginación.

Nada debía ya temer. Velaba por ella un amigo de su madre y la Virgen la acompañaba desde su solitario nicho, tendiéndole su invis-

ble protección. Podía, pues, dormir tranquila.

Un pensamiento, sin embargo, la inquietaba. ¿Sería cierto lo que en su carta aseguraba el desconocido? ¿Existiría en el sitio designado el mágico cordoncillo que atestiguaba su poder?

Fácil era averiguarlo; pero la joven temió en aquel momento que su corazón volviera a flaquear y, dejando para el día siguiente la solución de este enigma, se dirigió al lecho y se **acostó en seguida, quedando al poco tiempo entregada a un profundo y agitado sueño, que nadie vino a interrumpir.**



VII

LA APARICION

ALGUNOS días han pasado desde aquel en que han tenido lugar los acontecimientos que hemos referido.

Doña Ursula, a pesar de sus rígidas costumbres, ha consentido en abrir sus salones a los parientes y amigos que desean felicitar y conocer a la futura desposada.

Inútil será hacer observar que, concedido el permiso, la curiosidad tan poderosa de las pequeñas poblaciones ha tenido constantemente asediada la casa, repitiéndose las visitas de la mejor sociedad de Las Palmas sin interrupción alguna. Los jóvenes envidian la hermosura de Isabel y procuran atribuirle defectos que no tiene. Los mancebos quisieran arrancar su buena suerte a don Pedro y se afanan por ridiculizarle a los ojos de la huérfana.

Por algunos días el combate ha sido encarnizado. Miradas, señas, billetes, serenatas, todo se ha puesto en juego para triunfar de la indiferencia de la joven y de la astucia de la vieja. Pero estos ataques, conducidos con menor o mayor habilidad, han venido a estrellarse ante la diplomacia de doña Ursula. Con una constancia a toda prueba, con una tenacidad admirable, la vieja señora, sin dar a conocer que trata de vigilar a su pupila, no se aparta un solo momento de su lado.

Las miradas y las señas amorosas las traduce al oído de la joven por galanterías despreciables. Los billetes son todos interceptados antes de llegar a su destino, y, en cuanto a las serenatas, desde luego puede suponerse que no puede oír las Isabel, durmiendo en el aparta-

do aposento que ya hemos descrito. Ahora bien, escudado por semejante centinela, el viejo capitán ha creído que puede descansar tranquilo en la vigilancia de su hermana y en la palabra de la joven, fiel a las prescripciones de su difunta madre. Por esto ha visto sin cólera y sin celos el himno de alabanzas que en torno a su futura esposa han entonado todas las familias de la naciente capital.

Preciso es, sin embargo, añadir que, además de las causas ya indicadas, hay una muy poderosa que ha contribuido más que ninguna otra a tranquilizarle, y es la profunda indiferencia con que Isabel ha recibido estas galanterías. Indiferencia que todos han podido observar, que ha desalentado a los más audaces y que ha llenado de júbilo el corazón del apasionado caballero.

Paulatinamente, las costumbres de la casa, trastornadas por la llegada de la joven, han vuelto a recobrar su imperio. Las reuniones han disminuído y los galanes, causados de su inútil insistencia, van dejando el campo libre al afortunado capitán.

Este es el momento en que los dos hermanos, de acuerdo entre sí, porque el asentista no ha querido intervenir en el asunto, señalan el día de la boda, que ha de celebrarse sin fausto ni pompa alguna en

el Castillo de Gando, fortaleza situada a cinco leguas de la ciudad y de la cual es castellano el mismo don Pedro.

Arreglado todo en esta forma, y obtenido el consentimiento de la huérfana, Carvajal deja la población y se traslada a Gando, donde se ocupa con afán en disponer lo necesario para recibir dignamente a la que ha de llevar en breve el apellido de sus abuelos.

Tranquilo y monótonos corren los días en la pacífica población, sin que ningún incidente haya llegado a turbar la quietud de que disfrutaban sus moradores.

El rumor de nuevas incursiones, emprendidas por las bandas de insurrectos, que aún existen en los sitios escarpados de las cumbres, se ha ido poco a poco desvaneciendo.

Nada anuncia la presencia del temido Benartemí, cuya reaparición en los montes de Canaria se hubiera sin duda revelado por alguna empresa arriesgada sobre los pueblos del interior. Por consiguiente, hasta los más suspicaces deponen todo miedo, se entregan confiados a sus diarias ocupaciones, sin cuidarse de otro asunto que de aquel que les presta en abundancia, como pasto de sus murmuraciones, los preparativos de la boda anunciada.

Entretanto, ¿qué pensamientos agitan el alma de Isab?

Entregada sin defensa a las interesadas sugerencias de doña Ursula, sin conocimiento del mundo, sin familia y sin amigos, ligada por una palabra de su difunta madre a la voluntad caprichosa de su tutora, ¿accederá con gusto al enlace desigual que se le ofrece? ¿No se revelará su corazón de niña ante el negro porvenir que le aguarda? El acartonado semblante de su futuro, presente a todas horas en su imaginación, ¿no despertará por un momento su energía inspirándola alguna idea salvadora?

Conduciremos ahora a nuestros lectores al dormitorio de Isabel, a aquel mismo aposento en donde la hemos visto, la noche de su llegada, poseída de inquietud, implorar de rodillas el auxilio de la Virgen.

También ahora es de noche y, precisamente, es la que precede al día en que se ha de verificar el viaje de toda la familia a Cando.

Pocas horas la separan de aquella en que va a decidirse para siempre su destino.

El aposento se halla alumbrado por la misma temblorosa lámpara que arde de continuo en el nicho de la Virgen, pero hay, además, otra luz que lucha con ésta por iluminar el dormitorio. Esa luz es la de la luna, que penetra por una ventana abierta sobre el jardín de la casa, a orillas del Guiniguada.

La joven se apoya en el alfeizar de la ventana, medio inclinada hacia el jardín, con la mano izquierda en la mejilla y la derecha descansando en los almohadones que suavizan la aspereza de la piedra. De vez en cuando sus negros ojos, en los que brillan algunas lágrimas, se elevan al cielo fijándose, con una expresión de melancolía indecible, en el plateado disco de la luna que sin nubes recorre majestuosamente la azulada bóveda, indiferente a nuestras miserias.

Su semblante revela, desde luego, el dolor que oprime su corazón.

Ahora que sola y sin testigos puede dar rienda suelta a su llanto; ahora que sola y en silencio puede dirigir al cielo su oración, busca en otra parte un consuelo a sus pesares, un remedio al porvenir que le espera. ¿Es así como una joven aguarda el día venturoso de sus bodas?

A este recuerdo, que cruza punzante por la mente de Isabel, su palidez aumenta, sus lágrimas corren con más abundancia, su cuerpo tiembla y sus labios murmuran de nuevo una oración, que la brisa recoge en sus alas perfumadas para llevarla al cielo.

Isabel, sin parientes ni amigos, en un mundo que le es desconocido, no encuentra un corazón en quien depositar su confianza. Sus enste-

nos, sus ilusiones, han desaparecido al soplo helado que parece desprenderse de aquella casa. Su dulce sonrisa, su infantil alegría han sido ahuyentadas por la mirada de la vieja tutora. ¿Dónde refugiarse?

En vano ha llamado en su auxilio la virtud de la resignación. La memoria de su madre, el cumplimiento de sus deberes, estos recuerdos sagrados para ella se desvanecen ante el sacrificio que está obligada a consumar.

Por algún tiempo ha esperado, con la perseverancia de un condenado a muerte que aguarda a cada instante el perdón, a que cualquier acontecimiento feliz o desgraciado viniera a interrumpir la monótona regularidad de los días y a retardar el plazo de su viaje. Pero esta esperanza, que hasta aquel día la ha sostenido, se desvanece también al llegar la noche.

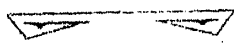
Pocas horas la separan, pues, de aquella en que, obedeciendo a doña Ursula, ha de seguirla al Castillo de Gando. Este pensamiento, presente siempre en la imaginación con toda su odiosa realidad, le da fuer-

zas para tomar al fin una resolución suprema, único recurso que le resta en su angustiosa situación.

Con paso firme se dirige al sitio donde se encuentra la Venerada huagen de los Dolores, se inclina un momento ante ella e implora en voz baja su protección. En seguida, enjugando sus lágrimas y conteniendo con una mano los latidos de su corazón, introduce la otra en el nicho, y, apoderándose de un cordoncillo que en sus profundidades se oculta, tira de él con febril exaltación y cae luego, de rodillas, cubriéndose el rostro con ambas manos.

Un largo silencio sucede a este movimiento, durante el cual puede escucharse su agitada respiración, parecida casi a un sollozo.

De pronto se oye a lo lejos un débil ruido. El entarimado cruje débilmente, a través de las macizas paredes. Suenan unos pasos apagados que se acercan, y la puerta del aposento se abre sin ruido: el marino desconocido aparece en el umbral.



VIII

LA PROMESA

ISABEL no había cambiado de posición. De rodillas, y con el rostro oculto entre sus manos, sentía, sin verla, la mirada de su incógnito protector.

Una timidez invencible, cuya causa en su inocencia ignoraba, la retenía clayada en aquel sitio, sin dejarle fuerzas para levantarse e invocar el auxilio que, en un momento de suprema angustia, había creído fácil implorar.

Sin embargo, era preciso vencer aquella timidez que le impedía asirse al único apoyo que en el naufragio de todas sus ilusiones se le presentaba. De su serenidad iba a depender tal vez su dicha futura.

Entretanto, el misterioso personaje que de aquella manera se le aparecía, vestido modestamente al uso del país, sin armas, capa ni som-

brero, y como si estuviera en su casa, permanecía en el dintel contemplándola en silencio.

Una sonrisa triste y fugitiva iluminaba su semblante, en el que se reflejaba un alma fuerte y varonil.

Después de unos instantes de muda indecisión, sacudiendo la cabeza como si quisiera desechar tristes recuerdos, avanzó lentamente hacia la joven, y, deteniéndose a su lado, le dijo con acento pausado y solemne:

—Nada temáis, Isabel. La persona que os habéis dignado llamar está ahora en vuestra presencia, dispuesta a obedeceros. No os intimide el medio extraño que he elegido para acercarme a vos, ni me atribuyáis poderes sobrenaturales de que absolutamente carezco. Suponed más bien que, no teniendo amigos

en la casa y siendo me hostiles sus dueños, he adoptado este medio como único recurso para hablaros y ofrecer os el auxilio, eficaz y desinteresado, de mi amistad.

Más tranquila la joven al oír el simpático acento de aquella voz, que tantos recuerdos traía a su memoria, se alzó del suelo, y fijando por primera vez sus ojos en el varón semejante de su extraño protector, le respondió con acento conmovido:

— Perdonad mi atrevimiento... A nadie conozco aquí... Me encuentro sola, aislada, sin un amigo a quien pedir consejo. Acudo a vos, no sólo porque me habéis salvado la vida, sino porque habéis oído las últimas palabras de mi madre, y vuestra presencia me tranquiliza como el santo recuerdo de ella.

— Tenéis razón, Isabel. Vuestra pobre madre, al morir, me legó el cuidado de velar por vuestra felicidad, y, desde entonces, aunque niño, no dejé un solo instante de tener presente tan agrada promesa.

— ¿La habéis conocido?

— Venid. Sentaos junto a esa ventana, y todo lo sabréis.

La joven obedeció sin vacilar y se dejó conducir hacia un sillón de alto y tallado respaldo, que se hallaba colocado junto a la ventana.

Se sentó allí, dejando vagar su mirada sobre las oscuras copas de los árboles que se balanceaban al

leve impulso de la brisa, mientras la luna derramaba su blanca claridad, dándole los contornos indecisos de una aparición.

El desconocido permanecía respetuosamente en pie, apoyado en el respaldo del asiento. Su actitud revelaba silenciosa adoración.

Hubo un momento de silencio. Isabel miraba las estrellas, y el desconocido a Isabel.

La noche atesoraba los encantos de una verdadera noche tropical. Brillaba la luna sin nubes, y la brisa, perfumada con los aromas del jardín, penetraba por la entreabierta ventana.

El desconocido finó el primero que rompió tan dulce silencio.

— Vuestra situación me es conocida — dijo con la intención, sin duda, de ahorrarle a la joven una confesión penosa. — Sé que no sois feliz y que no esperáis serlo en lo sucesivo. El esposo que os destinan no es digno de vuestra amor y aunque habéis luchado contra esa repugnancia instintiva con el valor que podía inspiraros la recomendación de vuestra madre, el corazón os ha negado la victoria. Ahora bien; ¿debeís, en cumplimiento de aquella promesa, mirros a un hombre a quien no amáis? Tal es el problema para cuya solución os habéis dignado llamarme, ¿no es verdad?

La admiración de la joven había

crecido al escuchar estas palabras. Aquel hombre extraordinario no sólo velaba por su existencia, siguiéndola invisible a todas partes, sino que también adivinaba sus más ocultos pensamientos.

Sin que pudiera darse cuenta, el misterioso desconocido ejercía sobre ella una fascinación irresistible.

Su belleza varonil, su voz, la respetuosa franqueza de sus palabras, producían simultáneamente un mágico efecto sobre Isabel, colocada, por las circunstancias, en situación tan excepcional que hacía más decisiva aquella influencia. No era posible sustraerse a ella.

Además, entre la dura alternativa de casarse con don Pedro o de oír al hombre que, de una manera tan extraordinaria, le había hecho entrever la posibilidad de romper aquel compromiso, no dudaba ni podía dudar. Le escuchaba, por consiguiente, conmovida y agitada, pero sin que su presencia le produjese temor o desconfianza. Le parecía que no era un extraño para ella, sino que, en otra época que apenas recordaba, le había visto a su lado velando su sueño, dirigiéndole palabras dulces.

Fuese ilusión o realidad, fascinación o simpatía, la joven levantó sus ojos hacia el incógnito marino, y, con aquella confianza que sólo puede inspirar un padre, le contestó:

—Adivináis mi pensamiento. No quiero a don Pedro Carvajal como se debe querer a un esposo. Si me preguntáis ahora por qué, os diré sencillamente que lo ignoro.

—No necesitamos indagar sus causas—le contestó el joven, procurando siempre evitar a la huérfana toda sensación penosa—. Desde luego se comprende que, cualesquiera que ellas sean, ese enlace no puede hacer vuestra felicidad.

—¿Y cómo evitarlo? Mi palabra está empeñada, y doña Ursula, recordándome la promesa de mi madre, me exige su cumplimiento.

—Decidle entonces, con todo el respeto posible, pero con la franqueza de vuestra carácter leal, que no amáis a su hermano, ni os encontráis con fuerzas para hacer su felicidad.

—¡Cuando me he atrevido a llamaros debéis suponer que todos mis recursos están agotados!

—¡Ya!... ¿Le habéis dicho...?

—Que no quiero a don Pedro, no quiero ser su esposa.

—Isabel, vuestro corazón es noble y digno como el de vuestra madre.

—¿La habéis conocido?

—Era muy niño cuando ella murió. Sin embargo, recuerdo sus últimos momentos. Tenía yo entonces catorce años y me llamó a su lado antes de expirar.

—Entonces, ¿os conocía?

—No personalmente, pero sabía mi nombre de familia y quiso conocerme. Los que entonces me servían de padres, porque yo también soy huérfano, me condujeron secretamente a su lado. Allí os vi tranquilamente dormida, y allí, a pesar de mis pocos años, juré consagraros a vuestra felicidad.

—¿Perteneceís a mi familia?—preguntó la joven.

—Esperad todavía algunas horas, y ese secreto, que no me pertenece exclusivamente, os será por mí mismo revelado. Entonces sabréis mi verdadero nombre.

—¡Pero ya no estaré aquí!— exclamó Isabel con un acento involuntario de tristeza que iluminó de satisfacción el semblante del desconocido.

—No importa. Sea cual fuere el lugar en donde estéis, allí estaré yo.

—¿Y doña Ursula?

—Se doblegará ante vuestra voluntad.

—¡Imposible!

El joven se sonrió, y dejando el sitio que ocupaba en el respaldo del sillón, vino a colocarse junto a Isabel. Con una voz en que se revelaba una profunda emoción, le dijo:

—Escuchad mis palabras y grabadlas bien en la memoria. Ese matrimonio no se efectuará. No puedo en este momento revelaros los me-

dios que he de emplear para conseguirlo; pero os juro que serán decisivos. No os opongáis al viaje proyectado. Seguid a vuestra tía hasta el Castillo de Gando, y esperad tranquila los acontecimientos.

—Esperaré.

—No será por mucho tiempo, Isabel. Yo me encargo de abreviar el plazo. Ahora dormid sin temor, que nadie vendrá a interrumpir vuestro sueño.

—¿Os váis?

—Quisiera no separarme jamás de vuestro lado, porque sólo en estos instantes he conocido la verdadera felicidad.

Isabel bajó los ojos y contestó con acento conmovido:

—Ya que sois feliz, no os alejéis... Vuestra presencia me tranquiliza y me hace también dichosa...

—Gracias, Isabel—replicó el desconocido—. El recuerdo de vuestro cariño es la mayor recompensa que espero en este mundo.

Y como si hubiese dicho más de lo que a su parecer debiera, se dirigió a la puerta.

La voz de Isabel le detuvo de nuevo, cuando ya tocaba el umbral.

—¡Un último favor!

El marino volvió a fijar sus ojos en aquella mujer encantadora, cuya poderosa atracción le era imposible dominar. Se detuvo sin atreverse a

responderle. Parecía absorto en una muda contemplación.

—Desearía—continuó ella con dulce acento—saber vuestro nombre, para unirle al de mi madre en mis oraciones.

El desconocido titubeó un mo-

mento,—como si dudara concederle cosa tan sencilla; pero, tomándole una mano, la llevó a sus labios y pronunció en voz baja el nombre de Fernando. En seguida desapareció por la puerta del salón, perdiéndose a lo lejos el eco de sus pasos.



LA EMBOSCADA

Todo está en movimiento desde el amanecer del siguiente día en la casa de doña Ursula. Los esclavos y criados arreglan el equipaje, y el asentista, que ha permanecido en la ciudad para acompañar a su esposa y a su pupila, reúne la escolta que el Gobernador de la isla le ha ofrecido, con el objeto de afrontar toda sorpresa, si, por desgracia, se realizan los vagos rumores que circulan relativos a la aparición de Benartémí.

El viaje debe emprenderse al mediodía, pues se calcula que la comitiva se encuentre antes de anochecer en las playas de Gando, a pesar de lo escabroso del camino y del pesado movimiento de la litera.

Doña Ursula corre con afán de un lado a otro, activando e inspeccionándolo todo. Abre cien veces los

baúles, examina de nuevo su contenido y riñe a la menor omisión que en ellos se advierte. Sin embargo, su principal atención se dirige siempre al aposento que ocupa su pupila, en el cual penetra con frecuencia, no porque sospeche la oposición que se prepara a sus planes, sino por el gusto de ejercer su suspicaz vigilancia.

Nada advierte que le haga temer un cambio perjudicial a sus proyectos. La joven permanece resignada y tranquila, más bien absorta en su propio pensamiento que preocupada con la agitación que la rodea. Indiferente a todo, ve cruzar a las dueñas por su aposento, oye la voz estridente de doña Ursula, escucha sus pasos que de vez en cuando llegan hasta la puerta del dormitorio; pero nada de esto la conmueve, nada

consigue arrancarla de su distracción.

Por fin, la misma doña Ursula viene a anunciarle que todo se halla preparado y que sólo se aguarda por ella para emprender el viaje. La joven se levanta con precipitación, y lejos de manifestar en su semblante la emoción que la domina, se dispone casi alegremente a seguirla.

En aquel momento el patio principal de la casa ofrecía un cuadro lleno de vida y movimiento. Una vistosa comitiva de jóvenes, hijos de los principales fundadores de la colonia, deudos y amigos de ambas familias, montados en briosos corceles, esperaban la llegada de la novia para saludarla y ofrecerle sus respetos. A otro lado, los sirvientes y dueñas se alineaban en torno a las acémilas que llevaban el equipaje, formando el bagaje de este pequeño ejército. Mientras, en la calle daba el asentista sus últimas órdenes, cabalgando con aire marcial en su viejo caballo de batalla, a los veinte ballesteros que componían la escolta.

La joven bajó, al fin, acompañada de doña Ursula, al sitio donde la esperaba la litera, siendo su presencia anunciada por un murmullo de admiración que brotó espontáneamente de los labios de la noble comitiva. Todos los concurrentes la

saludaron con afectuosa deferencia, a pesar de que entre ellos se contaban muchos de los que se habían visto desairados en sus pretensiones amorosas, pero el sentimiento de su derrota no les podía obligar a ser descorteses con una mujer tan hermosa.

En general, todos atribuían la sumisión de la joven a la influencia de doña Ursula, y casi se hallaban más dispuestos a compadecer su suerte que a censurar su indiferencia.

Cambiados los primeros saludos, la comitiva se ordenó, saliendo a la ancha plazuela que se extendía ante la casa señorial. Reunidos allí, don Gonzalo dispuso que marchasen al frente seis ballesteros como exploradores, que a éstos siguieran luego las acémilas con el equipaje, conducido y vigilado por numerosos sirvientes armados de espadas, mosquetes y partesanas, viniendo en seguida la litera, escoltada por otros seis ballesteros, y cerrando la marcha el mismo don Gonzalo, a la cabeza de los ocho restantes.

Los jóvenes que habían acudido a saludar a la desposada, y que deseaban acompañarla hasta Jinámar o Telde, se formaron en alas en torno de la litera, que podía en aquel momento considerarse como el paladium de aquel pequeño ejército.

Se había determinado con antici-

pación que el viaje se verificara por el Monte Lentiscal, bajando en dirección del pico de Bandama hacia el valle de Jinámar y penetrando luego en las deliciosas vegas de Telde.

Una vigorosa vegetación cubría los valles y las montañas, dejando apenas entre los zarzales una estrecha senda que hacía toda comunicación pelgrosa y difícil.

Por todas partes se veían grupos de palmas colosales, de frondosas higueras y hermosos dragos, y, al subir la meseta de Tafira, un bosque inmenso de lentiscos se extendía hasta perderse de vista.

La comitiva no encontró serias dificultades sino al descender a Jinámar, pues el camino que daba entrada al valle tenía que rodear una montaña en toda su salvaje aspereza. Por fin, este paso se venció a fuerza de trabajo y perseverancia, y penetraron todos en un camino abierto sobre la lava de un antiguo volcán que el tiempo había cambiado en menuda arena.

Después de una hora de rápida marcha, se descubrieron las fértiles llanuras de Telde, donde algunos nobles conquistadores habían fijado su residencia, seducidos por la fertilidad del suelo y la abundancia y pureza de las aguas. En este naérente pueblo, cuyos terrenos se estaban desmontando, se veían ya algunas

propiedades plantadas de cañas de azúcar, preciosa planta que, conducida desde Canaria a la isla de Santo Domingo, constituye hoy la principal riqueza de las Antillas. Allí hizo alto la comitiva, separándose para volver a la ciudad los jóvenes que, con la esperanza de ver a la linda huérfana, habían seguido a la litera.

Después de recibir las felicitaciones y obsequios de los nobles dueños que la familia de Carvajal tenía entonces en Telde, y de haberse informado el asentista del camino más seguro que podía seguir para dirigirse a Gando, volvió a ordenar su escolta, y tomando un guía que le había eficazmente recomendado uno de sus amigos como conocedor práctico del terreno, se emprendió de nuevo la marcha, esperando llegar antes de cerrar la noche a la costa, donde se levantaba y se levanta aún aquella antigua fortaleza.

Al salir de Telde, el país cambiaba súbitamente de aspecto. A la vegetación tropical que cubría los valles de Tafira y Telde, sucedió una llanura cortada a trechos por pequeños barrancos de seco cauce en aquella estación, y en la que sólo se descubrían raquíticos arbustos y espesos zarzales. A lo lejos, y reflejando los últimos rayos del Sol poniente, brillaba el mar como un océano en llamas, destacándose so-

bre el puro azul del cielo, y a dos leguas escasas, el promontorio que forma la célebre rada de Gando.

Según las instrucciones del guía, se había preferido una senda que, alejándose del mar, se aproximaba a las montañas, y la cual, aunque de difícil acceso, presentaba menos dificultades para la conducción de la litera. A veces, sin embargo, era el paso tan estrecho, que doña Ursula y la joven preferían atravesar a pie aquellas profundas hondonadas y empinados cerros, apoyándose en el brazo del asentista, que con el mayor cuidado velaba por su pupila, a quien ya profesaba un cariño verdaderamente paternal.

El camino, entretanto, se prolongaba indefinidamente, pues aunque a cada vuelta parecía que se aproximaba a Gando, las continuas sinuosidades del sendero y la dificultad de algunos pasos retardaban siempre la marcha.

Por fin llegó la noche, oscura y fría como noche de invierno. Ni una estrella brillaba en el cielo, ni una luz iluminaba el áspero camino. La brisa azotaba los arbustos, silbando con furia por entre sus secas ramas, mientras a lo lejos se oía el sordo rugido del mar, estrellándose violento sobre las rocas de la costa.

La comitiva no observaba ya orden alguno en su marcha. Los soldados, cansados de tan largo viaje

y fatigados con el peso de sus armas; se habían dividido en grupos aislados que seguían instintivamente la misma senda, sin cuidarse de los peligros que pudieran encontrar en su camino.

Como la senda era angosta y poco trillada, tenían que marchar de dos en dos, formando una larga fila que serpenteaba al capricho del terreno, ocupando un espacio considerable.

Ninguna voz de mando se hubiera podido hacer oír en aquel momento, ni menos organizar un buen sistema de defensa si, por desgracia, se presentaba el enemigo. La confusión más completa dominaba en la pequeña escuadra. Felizmente, ningún temor embargaba el ánimo de los soldados. La tranquilidad de que hacía dos años disfrutaba la colonia, la noticia de la muerte de Benartémi, confirmada por el silencio de sus partidarios, y especialmente la proximidad del fuerte de Gando, cuya numerosa guarnición tenía siempre a raya las excursiones de los indígenas, contribuían a tranquilizar a todos, haciéndoles desear el término del viaje, no por el temor de una sorpresa, sino por el placer del descanso.

Conducidos siempre por el guía, le cuyos conocimientos topográficos principiaba ya a dudar el asentista, penetraron por último los viajeros en el lóbrego y profundo cauce de

un barranco, sembrado de gruesas piedras, entre las que se alzaba alguna vieja higuera cuyos descarnados brazos sin hojas cruzaban la oscura senda.

En este sitio fué imposible la conducción de la litera. Las mulas no podían seguir, uncidas como estaban a aquel pesado vehículo. Era necesario, pues, abandonarla en el fondo del barranco, hasta el día siguiente en que los mozos, dirigidos por el mismo guía, viniesen desde Gando a llevarla. Así lo dispuso brevemente don Gonzalo, resignándose a pie por aquella escarpada senda sin poder prestales el menor auxilio. Doña Ursula, estaba desesperada, atribuyendo a perfidia o incapacidad del guía el conflicto en que se hallaban, mientras Isabel, silenciosa, daba el brazo a su tutora, contenta tal vez de que así se retardara algunas horas su llegada al castillo.

De pronto, en el silencio y oscuridad de la noche, se oyó a lo lejos un rumor extraño. Parecían los gritos ahogados de muchas personas que luchaban entre sí y el confuso choque de las armas que se cruzan

en medio del furor de una batalla. Pero todo esto llegaba a los viajeros que marchaban en el centro de la columna, como un ruido vago, indefinido, mezclado a intervalos con el lejano rumor del mar y el sibilido continuo del viento.

Don Gonzalo, justamente alarmado al encontrarse después de tantas horas de marcha perdido en aquel oscuro desfiladero, separado de su escolta y oyendo a lo lejos aquel fragor sospechoso, creyó obrar con prudencia haciendo alto en aquel sitio, y enviando exploradores que le trajesen al guía y reuniesen sus diseminados ballesteros.

Llevaba consigo en aquel momento seis de los ocho que componían la retaguardia, mandados por el mismo cabo Fernández y en cuyo denuesto y bizarría podía tranquilamente confiar.

Hizo, pues que se sentaran las señoras sobre unas piedras que a la margen izquierda del arroyo se elevaban y que podían protegerlas en caso de ataque. Formó a su alrededor a los soldados y, enviando a Niño de explorador, esperó lleno de zozobra el resultado.

UN PROTECTOR

El más profundo silencio sucedió a la desaparición de Nuño.

La situación se iba presentando cada vez más crítica y no daba lugar a reflexiones que, cuando menos, eran en aquel momento *impertunas*. Así lo habían comprendido todos, resignándose a esperar con el oído atento a que aquellos extraños ruidos, que a intervalos se oían, pudieran darles la clave del secreto que ocultaba en sus sombras la oscuridad de la noche.

Pero transcurrió un cuarto de hora sin que el ruido cesara, ni el balbuceo volviese de su excursión. Impaciente don Gonzalo, y alarmado seriamente por los peligros de que veía amenazadas la libertad y la vida de los que le acompañaban, se resolvió, aunque con violencia, a

enviar de nuevo otro soldado que procurase averiguar la causa de aquel ruido que tanto les inquietaba, y el destino del resto de la columna. Así se hizo inmediatamente, prometiendo el soldado conducirse con la mayor celeridad y volver a los pocos minutos con las noticias deseadas. Mas en vano esperaron su regreso.

Entonces el asentista, que a pesar de sus años y obesidad no había olvidado su antiguo oficio de las armas, ni era hombre que hubiese conocido jamás el miedo, quiso él mismo ir a reconocer la extensión del peligro que le amenazaba. Pero al manifestar este deseo, su esposa y su pupila se lanzaron a sus brazos, y, entre lágrimas y sollozos, quisieron disuadirle de su intento.

Mientras él procuraba desasir

y convencerlas de que este partido era el único que podían tomar en tan apurada situación, los cuatro tallisteros que habían quedado en su compañía, y que poseídos ya de un supersticioso terror no se atrevían a dar un paso, se sintieron instantáneamente cogidos por la espalda, y antes de que pudieran hacer la menor resistencia, arrojados por tierra y maniatados.

En este momento se oyó un prolongado silbido, y, como por encanto, se iluminó el largo desfiladero con una fila de antorchas de resinosa tea, conducidas por negras sombras.

Pasó esto con tanta rapidez, y fué el cambio tan imprevisto y repentino, que al verlo cualquiera hubiera creído que asistía a un conciliábulo de brujas.

Isabel y doña Ursula dieron un grito, y cubriéndose el rostro con las manos, cayeron en el asiento de piedra donde estaban apoyadas. Por su parte, don Gonzalo hizo con presteza la señal de la cruz, y, con la espada desnuda, se colocó junto a las damas, aunque sin esperanzas de poderlas defender.

Entonces, a la luz que derramaban las antorchas, pudo verse en el fondo del barranco un extraño espectáculo. Los veinte soldados que componían la escolta, con los escuderos, criados y esclavos que condu-

cían el equipaje, yacían todos en el suelo, atados fuertemente con largas correas, aunque sin señales visibles de haber sido heridos. Las acémilas conservaban los baúles intactos, custodiados por algunas de aquellas extrañas figuras que saltaban con increíble agilidad por entre las piedras del barranco.

Don Gonzalo apenas se atrevía a creer a sus ojos y dudaba si aquella fantasmagoría era efecto del sueño o de la realidad. Veía a sus soldados prisioneros antes de combatir, y a él mismo con una espada inútil en la mano.

Arrojando con desesperación lejos de sí sus armas, de las que no quería ser despojado ignominiosamente, cruzó sus brazos y esperó con dignidad las consecuencias de su imprevisión.

Las sombras iban tomando formas más perceptibles. Se descubría ya el pintoresco traje que se conservaba aún entre aquellos que andaban errantes por las montañas, y se podía fácilmente adivinar en su guerrero y atrevido aspecto que pertenecerían a la banda de insurrectos capitaneada por el temido Benartemi.

La duda, sin embargo, no fué para don Gonzalo y las atribuladas señoras de larga duración, porque a los pocos instantes se acercó al grupo que ellos formaban un viejo de

colosal estatura, de atezado y adusto semblante, a quien los demás parecían que respetaban como jefe, el cual, colocándose frente al asentista, con burlona sonrisa le dijo:

—Al fin estás en mi poder. Tus crueldades van a recibir su merecida recompensa. Prepárate a morir.

—Nada temo—contestó don Gonzalo con un gesto de desprecio. Cuando quieras ordena mi suplicio, pero sí te ruego que perdones a estas dos infelices mujeres, dejándolas llegar libremente a Gandó. Puedes pedir por su rescate el precio que cuadre a tu ambición.

—Estas mujeres—repitió el viejo con sarcástica risa—van a servir de distracción a mis soldados.

—¡Desventurado! ¿Osarías deshonrar a la nieta de tus reyes...?

—¿Quién? ¿Esa mujer...?—Y con feroz sonrisa señalaba el viejo a Isabel, que casi desfallecida, miraba las horribles figuras que la rodeaban.— ¡Esa mujer ha renegado de sus padres!

—¡Es la hija de Guayarmina...!

—¡No! ¡Es la hija de Hernando de Guzmán!

—Pero...

—¡Calla y oye! Has caído en poder de Benartémi, y nadie podrá rescatar tu vida ni el honor de tu familia. ¿Ves a tus soldados? Rendidos y sin armas están ya a mis pies. A una señal mía rodarán sus

cabezas al fondo del arroyo. ¿Ves a tu esposa y a tu hermosa sobrina? Son el premio que destino a mis soldados.

A estas palabras, don Gonzalo, sin ser dueño de contener su indignación, y olvidándose de que estaba solo y desarmado, se adelantó hacia el jefe con la visible intención de castigar su osadía. Pero éste, sin retroceder un paso, hizo una seña a sus soldados, y el asentista se vió en un instante atado diestramente con fuertes ligaduras que no le permitieron dar un solo paso, ni hacer el más leve movimiento.

—¡Mútilmente fratas de luchar conmigo. Soy el más fuerte y quiero saborear mi venganza. ¡Hola! ¡Que enciendan una hoguera! Tu suplicio y el de estas damas va a comenzar.

El horror que esta escena producía en el ánimo de Isabel y de su tía no es para descrito. Pálidas y temblando, se habían instintivamente abrazado, como buscando cada una un mutuo apoyo en su desgracia. A pesar de sus cincuenta años, doña Ursula tenía los ultrajes de aquella soldadesca desenfundada, y este temor, justo es decirlo, la impresionaba más que su sentencia de muerte. En cuanto a don Gonzalo, brillaba ya en su mirada todo el valor de un noble castellano, y a pesar de su edad avanzada, estaba di-

puesto a morir depreviando a sus verdugos y vitoreando a su rey.

Entretanto, los insurrectos, fieles a las órdenes de su jefe, habían reunido con presteza algunos haces de leña y encendido una hoguera gigantesca. A surojiza luz aparecían con sus tostados semblantes y extraños vestidos, como una legión de diablos celebrando una bacanal.

Concluidos estos preparativos, el viejo señaló a don Gonzalo, que al punto fué conducido a la hoguera.

—Vas a ser tostado a fuego lento—le dijo, procurando sorprender en el rostro del asientista un signo de debilidad—. Te concedo, sin embargo, un momento de espera, para que medites si el suplicio que te preparo es proporcionado a tus crímenes.

Y diciendo esto le volvió la espalda y se acercó a Isabel, que permanecía siempre abrazada a doña Ursula.

—Deja ahora tus lágrimas y escucha atenta mis palabras: Por tus venas corría en otro tiempo la sangre de nuestros reyes, pero los hombres que te han educado han viciado aquella noble fuente, y ya no eres la nieta de Guanartemí. Tu suerte, pues, está fijada. ¡Hola! ¡Valientes jefes de mi heroica banda—añadió levantando la voz—, váis a sortear a esta hermosa doncella, esposa prometida de don Pe-

dro Carvajal y Trejo, Castellano de la Torre de Gando! Ées un botín digno de vosotros. Os lo entrego.

A esta breve arenga sucedieron frenéticos gritos de alegría. Los jefes batían palmas y devoraban ya con sus miradas la magnífica hermosura que tenían a su disposición.

En cuanto a doña Ursula añadió el viejo con irónico acento—, nos ocuparemos de ella más tarde. Quiero que antes vea arder a su querido esposo.

Después de estas horribles palabras, fijó su mirada de odio sobre las dos mujeres, y dirigió lentamente sus pasos a la hoguera.

Entonces Isabel, cuyo terror ya llegaba ya límites, desasiéndose de los brazos de su tía y lanzándose a los pies del jefe, prorumpió en sollozos, que hubieran enternecido un corazón menos cruel.

—Perdón, señor—decía con desgarrador acento—. No nos condenéis a tan horrible suplicio. Yo tengo bastante oro para enriqueceros a vos y a vuestros soldados. Prometednos la libertad y toda mi fortuna es vuestra.

—Oro, siempre oro! ¡Hablas como esos malditos europeos, cuyo lenguaje has aprendido! ¿Y para qué necesito yo tu oro? ¡Lo desprecio tanto como te desprecio a tí!

—Entonces, en nombre de mi pobre madre, de mi madre a quien

debiésteis conocer en su niñez...! ¡Si aún conserváis algún recuerdo de ella, respetad a su hija y perdonad la vida de sus padres adoptivos, que nunca han querido ofenderos!

—¡Déjame, no quiero oír más tus palabras...! ¡No puedo perdonarte!

En este momento vino a aumentar el horror de la escena la presencia del afortunado jefe a quien la suerte había favorecido. Era este un mozo de atléticas formas, de color bronceado y facciones duras, sin expresión. Una estupidez salvaje brillaba en su mirada, luminosa como la de la hiena cuando olfatea un cadáver.

—Es mía, señor—dijo en un dialecto desconocido para la joven, pero cuyo sentido era fácil adivinar por sus expresivos gestos.

—¡Sea!—le contestó el jefe en el mismo idioma. Y con un movimiento de cabeza le señaló el premio.

No era preciso tanto para que el jefe se arrojara sobre su presa. Y mientras que dos soldados acercaban a la hoguera al infortunado asientista, y doña Ursula, helada de espanto, murmuraba en silencio su última oración, el bandido, aproximándose a la joven, la levantó como una pluma en sus robustos brazos y lanzó una alegre exclamación de triunfo.

A este brusco movimiento, Isabel respondió con un grito de desg-

radadora angustia, y por un violento esfuerzo, del que nadie la hubiera creído capaz, consiguió desasirse de aquellos brazos.

Una multitud de salvajes, atraída por la curiosidad, presenciaban esta escena y, al ver el asombro de su compañero, prorumpieron en burlonas carcajadas, que aumentaron su enojo.

La joven miró a su alrededor, como si buscara un semblante que le inspirase la suficiente confianza para implorar en aquel supremo instante su compasión, pero sólo encontró duras fisonomías en las que brillaban, con feroces rasgos, la indiferencia, el odio, la burla o la envidia.

Entonces, tendió sus brazos hacia adelante, como si quisiera interponer esta débil barrera a los groseros insultos que la esperaban.

En este instante, y cuando el jefe extendía sus brazos para asir de nuevo a su víctima, apareció en medio del círculo que formaban los espectadores un hombre embozado en una ancha capa de color oscuro que le ocultaba enteramente el rostro.

A la rojiza luz de la hoguera, su mirada abrazó en su conjunto aquel cuadro horroroso. Adivinó lo que había pasado y lo que iba a suceder, y, lanzándose con la rapidez del rayo entre la joven y el bandi-

do, rechazó a éste con una fuerza que parecía sobrenatural, haciéndole rodar por el suelo.

Un prolongado silencio sucedió a tan imprevisto ataque: El jefe, ciego de furor, se había levantado buscando con la vista a su enemigo; pero cuando se disponía a acometerle, y sus compañeros, saliendo también de su estupor, se preparaban a auxiliarle y castigar la osadía

de aquel advenedizo, dejó éste caer su embozo, tendiendo uno de sus brazos a la joven para sostenerla.

Al descubrir sus facciones, en las que Isabel pudo reconocer las de su incógnito protector, todas las bocas emudecieron, todos los brazos se bajaron con respeto, y los ecos del valle repitieron con frenético entusiasmo el grito mil veces repetido:

“¡Viva Benartemí!”



EL PACTO

Los viajeros, mudos de asombro, apenas se atrevían a dar crédito a sus ojos. ¿Era cierto que tenían en su presencia al terrible jefe, cuya fama, atravesando el océano, había llegado hasta las mismas gradas del trono? Y este jefe en cuyo poder se hallaban, y que tan milagrosamente acababa de aparecer entre sus soldados, ¿no era el mismo que, bajo el disfraz de marinero, les había acompañado en las playas de Santa Catalina, dirigiendo la litera con tanto cuidado como habilidad? ¿No era éste también el que, según la relación de Isabel, la había salvado en La Laguna del furor de las llamas, sustrayéndose luego a sus manifestaciones de gratitud?

Estos diversos pensamientos se presentaban simultáneamente a la

imaginación del ascutista y a la penetrante suspicacia de doña Ursula si bien en aquel momento la aparición del verdadero Benartémí, y la generosa protección que había concedido a su sobrina, eran para ellos casi una garantía de que había de salvarles la vida y el honor.

Respecto a Isabel, la reflexión no había podido aún penetrar en su cerebro. Las ideas de robos, asesinatos y venganzas que a todos recordaban tan solo el nombre del célebre bandido, no representaban para ella sino el santo nombre del ángel de su guarda. Él estaba allí y nada temía ya. ¿Qué le importaba que se llamase Fernando o Benartémí? ¿Dejaría de ser por eso el amigo de su madre, el desconocido protector que tan generosamente re-

taba por su existencia: ¡Dos veces le había salvado la vida!

El reconocimiento de Isabel ya no conocía límites. Su corazón, entusiasta y puro, era de Benartém: En aquel momento una revelación súbita había penetrado en su corazón: le quería con toda la pureza que sólo se encuentra en la primera edad de la vida. El rubor, que en cualquiera otra ocasión hubiera sentido, no la enrojecía ahora. Tendió, pues, sus brazos al hombre que providencialmente le ofrecía un apoyo.

La aparición de Benartém sorprendió a doña Ursula en medio de su oración, a don Gonzalo en el acto de ser conducido a la hoguera y a los salvajes en el instante de disponerse a gozar del espectáculo que se les ofrecía.

El asombro fué general. En efecto, los viajeros no esperaban la llegada de aquel jefe, y los bandidos no creían que su valiente caudillo se opusiera al castigo de los prisioneros. Sin embargo, la acción que había acompañado a su llegada, y el enojo que revelaba su semblante, no dió lugar por mucho tiempo a la duda.

Restablecido el silencio a una señal imperiosa de Benartém, dijo éste con un acento que no admitía réplica:

—Desaprovecho las violencias ejercidas con los prisioneros. No fueron

éstas mis órdenes. Otros son mis proyectos: ¡Eseñad!:

El profundo silencio continuó, sin atreverse nadie a interrumpirlo.

—Váis ahora mismo—añadió— a ponerlos en cautivo hacia las playas de Gando, custodiando siempre a los prisioneros. Cuando llegéis allí, los dejaréis en libertad, desatando sus ligaduras y devolviéndoles su equipaje; pero conservando las armas, que os llevaréis con vosotros. Entretanto, las señoras y este señor—añadió señalando a don Gonzalo—permanecerán en mi compañía. Podéis marcharos.

Y con un gesto de mando, que revelaba su poder, indicó el camino a sus gentes, que se apresuraron a obedecerle sin permitirle la menor observación.

Minutos después los pasos se perdían en las sombrías profundidades del valle, dejando solos a doña Ursula, don Gonzalo, Isabel y Benartém.

La posición respectiva de cada uno era la misma que acabamos de describir antes de la marcha de la comitiva. Don Gonzalo, maniatado, permanecía aún junto a la hoguera; doña Ursula, en pie, se hallaba a poca distancia, é Isabel continuaba apoyada en el brazo de su misterioso protector.

El primer movimiento de Benartém, luego que estuvieron comple-

tamente solos, fué dirigirse a don Gonzalo y romper sus ligaduras. En seguida se acercó a doña Ursula, cuyo terror principiaba a disiparse, y con tranquilo acento le habló de esta manera:

—Señora, nada tenéis que temer. Desde ahora podéis consideraros como enteramente libre. Si he consentido en deteneros una hora más en este sitio, es porque así marcharemos con más descanso a Gando. Permittedme, pues, ofreceros mis excusas por las escenas de que involuntariamente he sido cómplice.

A tan respetuosas palabras, dichas con la más exquisita cortesía, doña Ursula acabó de serenarse, y recordando su carácter habitual, fijó en el joven su mirada, procurando al contestarle dulcificar un poco la aspereza de su voz.

—Señor marino—dijo—, agradecemos en lo que vale el servicio que nos habéis prestado, y espero poder algún día recompensarlo dignamente. Entretanto, fijad a nuestra libertad el precio que os parezca conveniente. Nuestros bienes responden.

Una sonrisa de desdén se dibujó en los labios del joven al oír estas palabras, y sin perder un momento su acento respetuoso, le respondió:

—Señora, las condiciones que impongo a vuestra libertad, y a la de este caballero, son de otra natura-

leza. Espero que nos llegaremos a entender sin tener que apelar a vuestros bienes.

Y volviéndose al asentista, que escuchaba con atención el diálogo, añadió:

—Tened la bondad, don Gonzalo, de acompañar por algunos minutos a vuestra esposa, mientras hablo a solas con esta joven. Seré breve.

—Pero—se aventuró a decir el asentista, que con todas estas peripecias había llegado a perder su envidiable buen humor—mi sobrina tal vez no quiera...

—Isabel tiene en mí una confianza ilimitada. Necesito hablarla esta noche sin testigos.

—¿Seréis bastante amable para dejarme interrogarla?—replicó en este momento doña Ursula con cierta impertinencia burlona, que no se escapó a Benartémi.

—Podéis hacerlo, desde luego, señora.

—Vamos, Isabel—dijo entonces la vieja, acercándose a su sobrina—. ¿Conocéis a este joven, lo bastante para tener en él una confianza ilimitada?

Y acentuó estas últimas palabras de un modo que dejaba conocer claramente, todas sus sospechas.

—Creo que olvidáis, señora—contestó Isabel con un acento ligera-

mente conmovido—, que ese caballero acaba de salvarme la vida.

—Sería yo una ingrata si lo olvidara.

—Por eso, señora, mi gratitud será eterna, así como, desde ahora, lo es la confianza que en él deposito.

Diciendo esto se volvió hacia Benartemi, y con una sonrisa que iluminó su semblante, añadió:

—Estoy dispuesta a oiros.

El joven se inclinó respetuosamente ante Isabel, e indicándole el camino, se alejaron algunos pasos de aquel sitio, deteniéndose en una pequeña explanada que dominaba el fondo del oscuro valle. Desde allí podían ser vistos por doña Ursula y su esposo, pero sin que éstos oyeran su conversación, circunstancia que aumentó el enojo de la vieja.

En la situación en que se encontraba pudo, sin embargo, contener su indignación, limitándose a vigilar los menores movimientos de los jóvenes, a los que iluminaban en aquel momento los vivos resplandores de la hoguera.

El asentista, entretanto, se había dejado caer sobre las piedras del arroyo, y se ocupaba en maldecir en voz baja a su cuñado, cuyo desafortunado casamiento era, según él, la causa y origen de tantas desventuras como habían perturbado aquella noche su pacífica existencia.

Dejémosle, pues, entregado a es-

tas amargas reflexiones, y oigamos el diálogo de su sobrina con el extraño aventurero.

Este fué el que, deteniendo a la joven, la habló en estos términos:

—Isabel, estamos solos. Podemos ya explicarnos con entera franqueza.

—Os escucho. Vuestras palabras serán órdenes para mí.

—Gracias por vuestra confianza, a la cual sabré corresponder. Ahora bien—añadió—: os he prometido los medios de eludir vuestro compromiso, sin faltar a la palabra que tenéis empeñada, y aquí estoy dispuesto a salvaros de ese nuevo peligro, mucho más terrible que los anteriores.

—¿Lo haréis así?—preguntó ella con cierto acento de candorosa malicia.

—Lo creo, Isabel, porque si os viera unida a ese hombre dudaría de vuestra felicidad.

—En efecto—dijo ella como si respondiese a su propio pensamiento—, no sería feliz. Pero, ¿cómo faltar a las instrucciones de mi madre?

—Me parece—dijo Benartemi, después de un momento de silencio—que el origen del compromiso que os liga con ese hombre no es otro que el mandato de vuestra madre, en el que os confía a la experiencia de doña Ursula, y os manda

que aceptéis lo que ella tenga a bien decidir. ¿He acertado?

—Sin duda.

—Pues bien: ¿qué diríais si os probase de una manera indudable que vuestra madre, al morir, os relevó de esa tutela?

—¡Oh! ¡Entonces rechazaría pura y simplemente a don Pedro...! Pero, ¿y esa prueba? Sería preciso tenerla para que nunca creyesen mistos que era un subterfugio sólo inventado para contradecir su elección.

—En efecto.

—¿Y no es eso un imposible?

—No, Isabel; la prueba está aquí. Y diciendo esto, le presentó un papel cuidadosamente doblado que la joven recibió con asombro.

—Esa cubierta—añadió él, acentuando sus palabras con lentitud—encierra una carta que vuestra madre os escribió pocas horas antes de morir. En ella os deja en completa libertad para la elección de esposo, y priva a doña Ursula del privilegio que en su testamento le concedió.

—¡Una carta de mi madre!—exclamó Isabel llevándola a sus labios.

—Podéis reconocer su letra...

—¡Oh, si no lo dudo...!

Y los ojos de la joven expresaban con tanta elocuencia su gratitud, que, desde luego, podemos asegurar que Benartémi se consideró

recompensado de todos sus servicios.

Isabel, sin embargo, bajó los ojos y añadió:

—Una duda me queda, no respecto a la autenticidad de la carta, sino a la confianza que mi madre tuviera en vos, siendo entonces tan joven y teniendo ella parientes más cercanos.

Sonrióse Benartémi, y contestó:

—Ella conocía el apellido de mis padres.

Isabel permaneció silenciosa. Aquel silencio era una pregunta.

Así lo comprendió sin duda Benartémi, porque se apresuró a continuar:

—Prometí revelaros este secreto, y ha llegado la hora de cumplir mi promesa. Tal vez sea esta nuestra última entrevista. Mañana me alejo para siempre de esta isla.

Isabel se estremeció.

—¿Abandonáis vuestra tierra?

—Sí, la abandono. Continuar la lucha sería un crimen imperdonable. Cúmplase la voluntad de Dios.

Un largo silencio sucedió a estas palabras, que daban en aquel momento al diálogo una solemnidad inesperada. Isabel, que había permanecido con los ojos bajos, los levantó, al fin, llenos de lágrimas.

—¿Quisiera—dijo, sin tratar de ocultar su turbación—dejaros una prueba de la gratitud que os debo,

si encontrara una que fuera digna de vos. Pero ya que esto no es posible, recibid la seguridad de un afecto que ni el tiempo ni la distancia podrán alterar jamás.

—Gracias, Isabel. Vuestras palabras hacen menos tristes los instantes que he de pasar todavía en mi tierra. Sin embargo, antes de separarnos, preciso es que os diga en pocas palabras la historia de mi vida. No quiero que al oír pronunciar mi nombre, que será repetido por muchos años en estos lugares, y tal vez con horror en los siglos venideros, conservéis vos, a quien tanto quiero y respeto, la misma idea de las generaciones futuras.

—Nada temáis; yo también os quiero y respeto. Vuestro nombre irá siempre unido, en todos mis pensamientos, al nombre querido de mi madre.

El joven se inclinó. Aquellas palabras, dichas con tanta sencillez, le hicieron olvidar sus desgracias pasadas, sus planes futuros...

—¡Bendita seas, Isabel!—le contestó con acento conmovido—. Después de vuestro cariño, nada tengo que pedir al Cielo.

Y sin detenerse a observar la turbación que su respuesta había producido, continuó diciendo:

—Soy descendiente de los reyes de esta isla. Soy príncipe, como vos, Isabel. Vuestra madre tomó en el

bautismo el nombre de Margarita; la mía se llamó Catalina. La una era sobrina; la otra, hija de don Fernando Guanartéme.

—¿Sois entonces aquel joven que mis tíos han creído por tantos años muerto?

—Sí, Isabel; soy el mismo. Prisionero después de la muerte de mis padres, a la edad de nueve años, por una banda de insurrectos que me ocultaron en sus bosques para que luego pudiera servirles de jefe; mis primeros años corríeron en medio de continuos peligros. Adquirí en la soledad de los oscuros pinares la agilidad del corso, la astucia del cazador y la fuerza y bravura de los que en otra época poblaron estos valles. Ese viejo al que habéis visto desplegar esta noche tanta crueldad, fué mi protector. El procuró inspirarme el odio que profesaba a los europeos; él se afaná por borrar de mi corazón las huellas de esa civilización, cuyo recuerdo se oponía tenazmente a todas sus lecciones. Pero un día la hija de sus reyes, vuestra madre, Isabel, le llamó junto a su lecho exigiéndole que me llevara consigo. Desde entonces mi vida cambió. Las palabras de vuestra madre me devolvieron a la sociedad.

Isabel le escuchaba con emoción. El joven continuó después de un momento de silencio.

—Entonces fué cuando os vi por primera vez. Entonces fué cuando soñé con ofreceros la corona de los antiguos reyes. ¡Vana ilusión! Todos mis proyectos han fracasado. Dichoso yo si, al dar el último adiós a estas playas, os dejo tranquila, contenta y feliz. Sólo así será menos amargo mi destierro.

—Pues yo os suplico—repuso Isabel—, en nombre de nuestra amistad y del parentesco que nos une, que si algún día volviérais a estas islas, os acordéis de mí. El día en que os vuelva a ver será uno de los más felices de mi vida.

—¡Oh! ¿No me engañáis, Isabel? ¿Será posible que viéndome podríais ser feliz?

La joven le tendió en silencio su mano.

Benartémi se apoderó de ella y la llevó a sus labios.

Al fin se habían comprendido. Sus labios no hablaban, pero sí sus ojos. ¿Qué más podían decirse?

Aquél dulce éxtasis vino a ser interrumpido por la voz de doña Ursula que, adivinando con su instinto lo que sucedía, llamaba a Isabel:

—Preciso es separarnos—dijo ésta con aquella dulzura que iluminaba siempre su semblante—. Aplazad hasta mañana vuestro viaje.

—Entonces, ¿podré veros mañana?

—Sí, pero con una condición: que

no habéis de penetrar en el Castillo, ni exponeros por mi causa a ningún peligro.

Benartémi sonrió.

—Hablaré a don Gonzalo. Su corazón es bueno, leal y generoso, y le suplicaré me acompañe sin revelar el lugar adonde le conduzco. No os alejéis mañana de estos sitios, y aquí me encontraréis.

—¿Y por qué, ya que estamos juntos, hemos de volver a separarnos? ¡Venid, Isabel, venid conmigo! Aún no lo sabéis todo. El apellidado de mis padres, puro y sin mancha, borrará muy pronto el nombre de Benartémi, que mis soldados con sus crueldades han hecho aborrecible. ¿Queréis saber mi proyecto? A una legua de este valle se levanta la montaña de Arinaga... ¡Miradla allá, sobre el fondo azul del firmamento! A sus faldas se extiende una playa que baña un mar seguro; allí me espera el buque que visteis anclado en el puerto de las Isletas. A su bordo estarán esta noche todos mis leales. Se unen a mí en esta voluntaria expatriación. Armas, víveres y municiones, ¡todo está dispuesto! Llevamos un piloto que nos conducirá hacia esas regiones desconocidas que se han descubierto. ¡Venid, Isabel, venid y os bendeciré el resto de mis días!

En este momento, la voz de doña Ursula volvió a romper de nuevo

el encanto. Llamaba a Isabel con verdadero terror.

—¡No, no los puedo dejar así! ¡Dios nos castigaría! —murmuraba ésta con voz temblorosa.

—¿Me abandonáis?

—Os abandono, pero sólo por pocas horas. Dejádme tiempo para rezar.

Un rumor extraño interrumpió el diálogo. Benartémí escuchó. Un minuto después, mirando a Isabel, le dijo:

—Oigo los pasos de los soldados del fuerte. Don Pedro, inquieto sin duda por vuestra ausencia, viene a buscaros, atraído por la llama de la hoguera.

—¡Ah...! ¡Huid, huid pronto! —exclamó la joven llena de terror.

—Repetidme primero que no me olvidaréis!

—¡Os lo juro!

—¡Adiós, Isabel! Ahora nada temo.

Y diciendo esto quiso alejarse por el fondo del barranco; pero, de improviso, un círculo de hierro, formado por las bocas de cien arbuces, detuvo sus pasos. Estaban cercados.

Benartémí, sin turbarse, dejó caer su capa, sacó su espada, empuñó en la izquierda una daga y, procurando sostener a la joven, próxima a desmayarse, se apoyó en el tronco de una vieja higuera.

Los del fuerte avanzaban con lentitud, pero estrechando en círculo sus filas. Sin duda sabían ya el valor de la presa que iba a caer en sus manos.

Doña Ursula había desaparecido.

Cuando las tropas, después de avanzar en silencio, se colocaron de modo que era imposible la evasión, salió de en medio de las filas don Pedro, y dirigiéndose a Benartémí, le dijo:

—Sabemos quien eres, y toda resistencia es inútil. Entrega sin tardanza tu presa, y no te formes con su cuerpo un escudo a tu cobardía.

A tan insolentes palabras, pronunciadas con la rabia de los celos, el joven, ciego de furor, abandonó a Isabel, y se lanzó sobre su enemigo.

Los soldados bajaron las armas y acercaron la mecha a los arcabuces. En el acto atravesó por enmedio de las filas don Gonzalo, quien, deteniendo con un gesto a los soldados, exclamó:

—¡Ese hombre me acaba de salvar la vida! ¡Si queréis, matadme a mí también!

Y, colocándose con noble arrogancia junto al joven, esperó tranquilo.

No sabemos si a pesar de su heroico gesto hubiera conseguido salvarle la vida, porque el furor de don Pedro ya no conocía límites, si Benartémí, después de reflexionar unos

instantes, no hubiera entregado sus armas al asentista, declarándose prisionero.

Don Genzalo, entonces, tomándolo bajo su protección, se ofreció a conducirlo a las prisiones de Gando, donde debía esperar la senten-

cia que dictase luego el Gobernador de la isla.

Seguro ya don Pedro de que su presa no se le escaparía, dió la orden de marcha, y, con la mayores precauciones, se dirigieron todos a las playas de Gando.



XII

LA PRISION

No lejos del sitio donde han pasado los sucesos que acabamos de referir, y siguiendo la curva de la costa que ciñe la isla por su banda meridional, se abre una hermosa rada, célebre por sus grandes recuerdos históricos.

Esta rada es la misma que en nuestra antiguas crónicas se conoce con el nombre de Puerto de Gando.

Hállase este puerto formado por un elevado promontorio, que entra media legua en el mar. Una playa de arena blanca y amarilla se extiende por todo el fondeadero, viniendo a concluir como una ancha faja a poca distancia del sitio donde en continuo movimiento se rompen las olas. El aspecto del país es, por este sitio, triste y agreste. La tierra, sin cultivo apenas sostiene algunos arbustos que, a trechos, inte-

rrumpen la monotonía del paisaje. Insensiblemente se eleva luego el terreno y, en ondulaciones sucesivas, va a mirse con la cordillera que forma la base de la Cumbre, en donde se abren los fértiles valles de Agüimes y Temisas.

En medio de esta playa estéril y desierta se levanta hoy una torre en el mismo sitio que ocupaba entonces la que mandó construir Diego de Herrera, destruída tantas veces y vuelta a levantar, según las vicisitudes de la guerra. Procuremos, pues, dar una idea de aquella antigua fortaleza, tal como la describen algunos historiadores contemporáneos.

El Castillo o casa fuerte de Gando se componía en primer lugar de una torre alta, sólida y de ancho diámetro, sobre cuya plataforma bri-

llaban siempre las armas de los soldados. Dentro de sus muros estaba la habitación principal del Gobernador, la sala de armas, el depósito de pólvora, los aljibes y las mazmorras o prisiones reservadas para los reos de consideración.

Unida a esta fortaleza, pero de construcción más reciente, se levantaba también un edificio de almenados torreones y angostas rejas que, con los caprichosos ángulos de sus murallas, podía presentar, en caso de ataque, fácil defensa a los sitiados. Allí se hallaban los cuarteles de la numerosa guarnición que entonces residía en el fuerte, los almacenes de víveres y las cuadras de un pequeño escuadrón de caballería que, desde las últimas excursiones de Benartémi, había pedido don Pedro para batir diariamente la llanura, con el objeto de adivinar los planes de su enemigo.

Sirviendo de avanzada a estas obras, se descubría luego una muralla de poca elevación, que en forma de herradura se unía por sus dos extremos al mar, dejando en el centro la torre y el edificio que acabamos de describir.

En el espacio comprendido entre éstos y la muralla había un foso y una empalizada, que constituían una parte muy esencial de las defensas exteriores del Castillo. Y, por último, sobre la misma muralla, se veían

algunos pequeños torreones o garitas que servían para los centinelas que vigilaban día y noche el recinto.

Cinco días han transcurrido desde aquel en que, sorprendido Benartémi al despedirse de la huérfana, cayera en poder de su enemigo. Cinco días hace que encerrado en un oscuro calabozo, abierto en el espesor de la muralla, espera la sentencia de muerte que, indudablemente, ha de pronunciar contra su proscrita cabeza el Gobernador de la isla.

Nadie le ha visto desde entonces, si se exceptúa el carcelero encargado de suministrarle el alimento que don Pedro le ha señalado. Su comunicación es completa.

Entretanto, la situación moral de los diversos personajes que conocen ya nuestros lectores ha cambiado mucho en estos días. Isabel, con una firmeza de carácter, con una resolución inquebrantable, de que nadie la hubiera creído capaz, ha declarado, en presencia de sus parientes, que no se casará con don Pedro. Novedad es esta que ha exasperado a doña Ursula, irritado al capitán y producido en don Gonzalo un contento que no ha procurado disimular. La vieja tía no desespera, sin embargo, de conseguir el objeto de sus deseos.

Isabel sigue con ansiedad los preparativos de la ejecución. Sus ojos

se vuelven continuamente hacia el sendero que conduce a la ciudad, por donde ha de llegar en breve el soldado portador de la sentencia que va a decidir la suerte del prisionero. Por último, al amanecer del sexto día, un rumor extraño despierta a los habitantes de la fortaleza. Suenan los clarines y la guarnición corre a las armas. Pero no es un ataque de los antiguos enemigos lo que les llama a las filas, sino el grito del prisionero que, con un pergamino en la mano, lee la sentencia de muerte de Benartémi, que en la tarde de aquel día ha de ser ejecutado.

Ya no hay esperanzas. Isabel lo sabe, lo ha oído. Ya no suplica. Sus ruegos son inútiles. Sus lágrimas se han agotado. ¿Qué hacer? ¿No intentará el último y supremo esfuerzo? Su partido está tomado. Sin detenerse un momento, ni consultar con nadie su resolución, se dirige con firme y seguro paso hacia el aposento de don Pedro. Ruega al centinela que le anuncie su llegada, y espera en el oscuro pasadizo que sirve de antesala a que la concedan algunos momentos de audiencia.

Pocos instantes después se vió aparecer al mismo don Pedro, que, en el umbral, y sin manifestar la menor sorpresa por aquella visita que esperaba, hizo una seña a la

joven, y juntos penetraron en el aposento.

El capitán, solícito siempre en complacer a su prometida, acercó un sillón, y procurando dulcificar la expresión de su semblante, la invitó a sentarse.

Un gesto negativo de Isabel fué la respuesta a su invitación, siguiendo luego un silencio penoso.

—¿Podré saber—preguntó al fin don Pedro, sin poder dominar su impaciencia—el motivo que os conduce a mi lado?

—Sin duda—contestó la joven con sequedad.

—Hablad; estoy dispuesto a escucháros.

—Seré breve, porque los momentos son preciosos. Sé que me habéis querido y que aún me queréis.

Don Pedro se estremeció. Una sonrisa imperceptible vagó por sus delgados labios. Su plan principiaba a realizarse.

—En efecto—contestó—, os quiero y os he querido siempre.

—Lo sé. Os he rechazado porque no habíais creído que era mi deber admitiros. Mis fuerzas no alcanzaban a hacer vuestra felicidad. Pero...

Aquí se detuvo. El grito del prisionero, leyendo de nuevo la sentencia de Benartémi, pegaba hasta el aposento prestándole el valor que le faltaba. Continuó, pues, diciendo:

—Pero si entonces creí imposible

uir mi suerte a la vuestra, hoy las circunstancias han cambiado. Si aún me queréis, aquí está mi mano. Vuestra es.

El capitán intentó apoderarse de ella. Mas la joven, retirándola al momento, añadió:

—Nuestro pacto no ha concluido. Esperad. Yo os ofrezco mi mano, pero pido en cambio una gracia.

—¿Cuál es? Hablad, y, si es posible, desde luego os la otorgo.

—No sé si es posible; pero os declaro irrevocablemente que, sin ella, no podré ser jamás vuestra esposa.

—Entonces nada será difícil. Hablad, Isabel.

—Os pido el perdón de ese que hoy va a morir.

—¿Su perdón?... ¡Oh, Isabel, pedís un imposible! El perdón de un reo condenado a muerte es una prerrogativa real, y yo no soy más que un soldado.

—Pero sois aquí omnipotente...

—¿Me aconsejáis una villanía?

—Yo no sé lo que os aconsejo; pero esa es la condición de nuestro enlace.

—Ese Benartémi ha sido el terror de la isla. Su muerte es sólo una justa expiación por los crímenes que ha cometido.

Isabel dió dos pasos hacia don Pedro, y, mirándole fijamente, respondió:

—Y vos, ¿conocéis a ese Benartémi? ¿Le habéis visto? ¿Le habéis interrogado?

—La identidad es notoria. El mismo la ha declarado.

—Lo sé. Ese joven es el que en esta isla se conoce con el nombre de Benartémi; pero no es el autor de los crímenes. Otro mandaba en su nombre.

—Tal vez tengáis razón; pero eso no le salva. Todos están condenados a muerte, desde su caudillo hasta el último.

La joven retrocedió. Sus esperanzas acababan de desvanecerse.

—Dispensad entonces—le dijo—si os he molestado inútilmente. Nuestro pacto es ya imposible.

Y se dirigió a la puerta.

Don Pedro reflexionó un momento. Luego, interponiéndose entre la puerta y la joven, contestó:

—¡Esperad, Isabel! No es fácil renunciar así a vuestra mano.

—¿Admitís mis condiciones?

—Tal vez... Veamos. Vos queréis el perdón de ese joven, y eso es imposible. Pero puedo concederle la libertad, facilitando en secreto su evasión.

—El medio me es indiferente.

—Entonces nos hemos entendido. Aplazaré la ejecución hasta mañana, y, esta noche, yo mismo bajaré a su calabozo y le abriré las puertas del Castillo. Pero ha de ser con un

condición, que espero no os parezca excesiva.

La joven le miró con desconfianza y escuchó.

— La condición no es otra sino que me ha de jurar, bajo su palabra de honor, salir inmediatamente de la isla y no volver jamás.

— Aceptado. Ahora me resta advertiros que esijo, además, bajar yo también al calabozo.

— ¿Desconfiáis de mí?

— No; pero desconfío de él.

Don Pedro reprimió un movimiento de furor que sus celos le inspiraban siempre al recuerdo de Benartém, y contestó:

— Bien. Seréis obedecida.

— Entonces, hasta la noche.

— Hasta la noche.

Y la joven desapareció.



XIII

LA EVASION

Son las diez de la noche. Un silencio profundo reina en el fuerte, interrumpido sólo por la voz de alerta de los centinelas y el continuo movimiento de sus pasos sobre la elevada plataforma.

Las estrellas brillan en el cielo como lámparas de oro. La brisa duerme sobre las olas, rizando apenas su superficie. Serena y tibia está la noche, como una noche de estío.

En este silencio se oyen, en los oscuros pasillos que conducen a las prisiones subterráneas, los recatados pasos de dos personas que, a la luz de una linterna, avanzan por aquel intrincado laberinto.

La que va delante, llevando además de la linterna, un manojo de llaves y una capa en su brazo izquierdo, es don Pedro, que, comple-

tamente armado, se dirige al calabozo de Benartémi. Isabel le sigue, pálido el semblante, pero resuelta. Ya no es la niña medrosa que temblaba al verse sola en un oscuro aposento. El amor la ha transfigurado.

Después de bajar las húmedas escaleras, y de atravesar varias puertas cerradas con gruesos candados, llegaron por fin a la del calabozo que encerraba al prisionero. Don Pedro la abrió, como las demás, y penetró solo en la estrecha cueva. Isabel se había detenido un momento, quedando envuelta en la sombra que proyectaba el fondo de la escalera.

Don Pedro se adelantó, llevando en alto la linterna. A su dudosa luz pudo descubrir a Benartémi, sentado tranquilamente sobre una piedra.

con sus ojos fijos sobre el semblante de su rival. Cualquiera hubiera dicho que aquella visita le era de antemano conocida.

El viejo se detuvo, y colocando la linterna en el suelo, le contempló.

Aquella serenidad, en presencia de la muerte, le parecía demasiado heroica para ser sincera. Reconocía, sin embargo, aunque sin confesarlo, que aquel semblante revelaba una nobleza de sentimientos que no era fácil de encontrar sino en seres privilegiados.

Después de esta muda contemplación, don Pedro le habló de esta manera:

—Al fin has caído en poder de la justicia, y ésta ha dictado tu sentencia. Te hallas condenado a muerte.

El joven no hizo el menor movimiento. Oía las palabras sin manifestar recelo ni temor.

Don Pedro siguió diciendo:

—Las órdenes que he recibido me obligaban a ejecutar tu sentencia hoy mismo, antes de ponerse el sol; pero varias circunstancias me han impedido el cumplimiento de este deber. Tu muerte se halla, pues, aplazada hasta mañana a las ocho. Es decir, te restan nueve horas de vida.

Un movimiento de hombros, perceptible sólo por el ruido de las cadenas que oprimían la cintura, las

manos y los pies del prisionero, fue su única respuesta. Era evidente que no quería contestar.

—¿Pretendes representar el papel de héroe? Sea en buen hora. No me opongo, pero ya comprenderás que cuando me he tomado la molestia de bajar no habrá sido sólo por el placer de verte. ¿Estás dispuesto a escucharme? Tengo que comunicarte una noticia de la mayor importancia... Una persona, que no necesito nombrarte, ha intercedido por tí, y sus ruegos han conseguido, no tu perdón, pero sí una libertad condicional si te obligas a cumplir ciertos deberes que voy a imponerte.

Mientras esto decía, el viejo espiaba con el mayor cuidado en el semblante del reo algún signo de emoción; pero éste permanecía impassible, oyendo con la mayor indiferencia las palabras de don Pedro.

—Las condiciones son las siguientes: primera, que salgas esta noche del Castillo, suponiendo que tú mismo has conseguido la evasión; segunda, que mañana, sin tardanza, dejes esta isla, y tercera, que jamás vuelvas a ella bajo ningún pretexto... ¿Estás dispuesto a prometerlo así bajo tu palabra de honor?

El joven sonrió, y rompiendo al fin su silencio, le preguntó con acento desdenoso:

—¿En cuanto has vendido mi libertad?

Don Pedro comprendió el sentido de la frase, y queriendo herirle con sus mismas armas, respondió tranquilo:

—Me ofrecen en cambio la mano de Isabel, y he aceptado.

—¡Mientes!

Don Pedro, gozoso de haber encontrado el medio de herir áquel corazón de roca, no se conmovió con este insulto.

—Había previsto tu incredulidad, y he traído conmigo una persona que desaparecerá tus dudas... ¡Venid, Isabel, y convéned a este incrédulo!

La aparición de la joven era para Benartémi un suceso tan inesperado que, a pesar del dominio que sobre sí mismo ejercía, no pudo contener un movimiento de sorpresa.

—¿Dudas, ahora?—continuó el viejo con una sonrisa de satisfacción.

—¿Es cierto—dijo entonces Benartémi, sin dignarse contestar a don Pedro y dirigiéndose a Isabel—que habéis consentido en unir os a ese hombre?

—Sí, Benartémi—contestó ella con un acento de dignidad que conmovió profundamente a sus dos interlocutores—. Se trataba de tu vida, y no he vacilado un momento en sacrificar por ella mi felicidad.

Don Pedro dió un paso hacia la

joven y alargó el brazo como para obligarla a retirarse.

—Gracias, Isabel—dijo entretanto Benartémi—. Nunca creí merecer esa prueba tan inmensa de cariño; pero no puedo aceptarla. Vuestra felicidad me es infinitamente más cara que la vida.

—¡Pero yo quiero que viváis! Lo quiero y váis a ceder a mis ruegos.

—¡Nunca a ese precio!

Isabel cayó llorando a los pies del prisionero.

—¡Oh, no digáis eso y escuchad por última vez mis súplicas! Benartémi, os lo ruego por vuestra madre, y, si es preciso también, os lo ruego por el amor que me habéis tenido y por el que yo misma os tengo.

Don Pedro escuchaba este diálogo con los brazos cruzados, los labios convulsos y los ojos brillando de furor.

—¡Levantaos, Isabel, y enjugad vuestra lágrima—le respondió Benartémi con radiante sonrisa—; esas palabras me hacen el más feliz de los hombres!

—¿Consentís al fin?

—Sí, viviré, puesto que así lo queréis; pero no al precio de vuestra felicidad.

Isabel le miró en silencio sin comprender el sentido oculto de sus palabras.

—Váis a saber mis proyectos y

espero que merezcan vuestra aprobación.

Y al decir esto se puso bruscamente en pie, sacudió con un rápido movimiento las cadenas, que cayeron rotas al suelo, y se lanzó sobre el viejo sin darle tiempo para volver de su estupor.

La lucha duró cortos instantes. El viejo cedió ante la fuerza prodigiosa de su adversario y se vió obligado a caer de rodillas sobre el pavimento.

En el mismo instante Benartemí, sin soltarlo, silbó de una manera particular, y la reja de hierro, abierta sobre la rada, que encuadraba la abertura por donde llegaba la luz al calabozo, se vino al suelo sin ruido, impulsada por una fuerza exterior. Quedó, pues, descubierta una ancha boca por la que penetraban el sordo rumor de las olas y la fresca brisa de la noche.

Por esta abertura aparecieron después dos robustos mocetones que, sucesivamente, entraron en el calabozo, inclinándose con respeto ante el prisionero.

—¡Sujetadme a este hombre!

—dijo éste en seguida.

Los mozos obedecieron.

—¡Despojadle ahora de sus armas!

Él instantáneamente desaparecieron la coraza, la daga y la espada.

Hecho esto, Benartemí, tomando

las cadenas que él mismo se había despojado con tanta facilidad, se las fué cificando al cuerpo del viejo, que no podía oponer otra resistencia que sus furiosos gritos, perdidos en la profundidad de la mazmorra.

Encadenado ya de esta manera, y seguro Benartemí de que no podía escaparse, cerró cuidadosamente la puerta del calabozo, y dijo a Isabel que, atónita, había contemplado aquella escena:

—Nuestra es la victoria. Sepamos aprovecharla antes de que se advierta en el fuerte la ausencia de don Pedro. ¿Tendréis valor para seguirme, Isabel?

La joven miró en torno suyo, y sus ojos se encontraron con los del viejo, que expresaban, en medio de su impotencia, todo el furor de los celos.

—¿Titubeáis aún—añadió Benartemí con acento de cariñosa reconvencción—, después de la prueba de cariño que esta noche me habéis dado...?

—¡Ibais a morir—dijo Isabel con voz apenas inteligible.

—¡Ah! ¿Y creéis que lejos de vuestra presencia podría yo vivir? Sabedlo, Isabel: sin vos jamás saldré de aquí. Yo mismo desligaré a ese hombre.

La joven bajó la cabeza sin atreverse a responder. La lucha entre sus deberes y su cariño era tan vio-

lenta que no encontraba el valor necesario para tomar una resolución.

El prisionero, abandonando entonces todo proyecto de evasión, se acercó a don Pedro, y empezó a quitarle las cadenas, decidiendo a entregarse de nuevo.

Este movimiento arrancó a Isabel de su meditación. Levantándose, pálida y temblorosa:

—¡Vamos!—dijo—. Estoy dispuesta a seguirlos.

—¡Al fin...!

—En nombre de mi madre—añadió Isabel con solemnidad—, me pongo hoy bajo vuestra protección.

Si faltó a mis deberes, espero mi castigo resignada.

—¡Nada temáis, Isabel! Ella bendice desde el Cielo nuestra unión.

Y hablando así Benartémi, sin más dilaciones, cogió del suelo la capa que había dejado don Pedro, y envolviendo con ella a su prometida, la tomó en sus brazos y desapareció, precedido de los dos hombres, por la ancha abertura de la muralla.

Don Pedro, al verlos salir, se agitó de nuevo en su asiento con violencia, pero las cadenas resistieron a su desesperado empuje.



XIV

LA ROCA DE BENARTEMI

NINGÚN obstáculo de importancia encontró el prisionero en su evasión al atravesar con su preciosa carga el espesor de la muralla. El valor, la destreza y sagacidad de sus hombres habían ensanchado, a favor de la oscuridad, la tronera que daba luz al calabozo, arrancando la reja y limando las cadenas que aprisionaban a Benartémi.

Con espías en el fuerte, sabían no sólo lo que en él pasaba, y hasta las órdenes más secretas que se comunicaban a la guarnición, sino también los sitios que, por considerarlos inexpugnables, se hallaban mal guarnecidos. Entre éstos contábase el calabozo de Benartémi, abierto, como ya hemos dicho, sobre el mar.

De este modo supo el prisionero

que se había aplazado la ejecución de su sentencia y adivinó, por la entrevista de Isabel con su rival, que también le fué conocida, las condiciones que aquella noche había de imponérsele si quería recobrar su libertad.

Ya sabemos de qué manera sus planes obtuvieron un éxito completo, al menos hasta el momento en que, dejando el calabozo, descendía por la muralla ayudado por sus hombres y favorecidos por la bajamar, que apenas bañaba con dos pies de agua aquella parte del Castillo.

No era, sin embargo, esta salida lo más arriesgado de la empresa. El terraplén que circueja las fortificaciones exteriores se prolongaba costeano el mar un centenar de pasos, en la misma dirección que ellos

habían de seguir para salir al campo, y era muy posible que al atravesar este peligroso desfiladero fueran vistos por los centinelas que custodiaban el recinto. No había, sin embargo, otro camino que elegir llevando consigo una mujer; pues de otro modo hubieran burlado la vigilancia atravesando a nado y con entera seguridad el espacio comprendido entre el Castillo y la playa. Resolvieron, por consiguiente, seguir adelante, mostrando el camino los dos guías, yendo en pos de ellos Isabel, y cerrando Benarín la marcha, después de haber encargado a todos el más absoluto silencio.

Por fortuna, los centinelas, ensordecidos por el ruido del oleaje, nada oyeron desde sus garitas, pudiendo el grupo verificar su fuga sin ninguna interrupción.

Pero, al llegar al llano que se extendía al pie de las murallas, un ballestero, que se paseaba tranquilamente sobre el terraplén, dirigió casualmente la vista hacia la playa. Fiel a su consigna, el soldado dió a los fugitivos la voz de alto, no sin temer que aquellos bultos, que continuamente se movían junto a la orilla, pertenecieran a algún conciliábulo de brujas y huyeran volando al escuchar su voz.

Los bultos, sin embargo, continuaron su marcha con doble velocidad,

y bien pronto pudo convencerse de que procuraban con empeño alejarse del fuerte.

—¡Cabo Fernández!—gritó entonces el ballestero, que no era otro que Nuño, nuestro antiguo conocido—. ¡Aquí pasó algo extraordinario! ¡Venid acá!

El viejo soldado, despertando bruscamente de su tranquilo sueño, se acercó lentamente y de mal humor a la muralla.

—¿Qué hay?—preguntó, mientras procuraba abrir los ojos, cerrados aún por el sueño.

—Hay—contestó el ballestero—, que esas cuatro personas que siguen la dirección de la costa me parecen sospechosas.

—¡Hum!... En efecto... ¿Quiénes podrán ser?

—Les di la voz de alto cuando pasaban junto a las murallas y su contestación ha sido acelerar el paso. ¿No véis? Parecē que huyen.

—Sí... No hay duda, huyen. ¡Espías son!

—Y como mañana será ahorcado ése, no es difícil que intenten sus secuaces atacar esta noche el castillo.

—¡Bah, no se atreverán!

—Todo es posible.

—En fin—dijo el cabo, después de un momento de reflexión—, avisaré al comandante y se les perseguirá. Esto es lo más acertado.

Momentos después la guarnición del fuerte estaba sobre las armas.

No se había ocultado a la penetrante mirada de Benartemi los movimientos de los ballesteros y las consecuencias probables de su corto diálogo. Por eso, y suponiendo acertadamente que iban a ser en breve perseguidos, se detuvo y, auxiliado de sus dos compañeros, forzó apresuradamente con las ramas de algunos arbustos un sillón portátil. Obligando a la joven a ocupar aquel asiento improvisado, emprendieron de nuevo la marcha con doble velocidad, siguiendo siempre la dirección de la costa.

De vez en cuando se detenía Benartemi y, a la diáfana claridad de las estrellas escudriñaba con su mirada las playas que acababan de atravesar, escuchando con profunda atención el sordo murmullo de las olas para observar si con este ruido se confundía otro de origen más peligroso.

Concluido este examen volvía de nuevo al lado de la joven, a quien tranquilizaba con una sola mirada, y dando luego la señal de marcha continuaban los mozos su camino, avanzando siempre rápidamente con la destreza y agilidad de verdaderos montañeses.

Una hora transcurrió de este modo, sin que el menor indicio viniese a revelarles que fueran perse-

guidos, cuando, de repente, uno de los dos que conducían el sillón, deteniéndose de inoprovisto, dijo en voz baja:

— Oigo a lo lejos el galope de un caballo.

A esta alarmante noticia la comitiva hizo alto, y Benartemi, como hombre que sabía apreciar la inminencia del peligro, se arrojó inmediatamente al suelo, aplicó el oído a tierra y permaneció así inmóvil algunos segundos. De pronto se levantó y, llevando con un gesto imperioso su índice a los labios en señal de silencio, arancó a Isabel del sillón y, tomándola en sus brazos, descendió con increíble rapidez, seguido siempre de sus dos fieles compañeros por en medio de unos peligrosos arrecifes que ceñían por aquel lado la costa. En breve se halló a la orilla del mar y allí, sin titubear un momento, se lanzó al agua, resistiendo el empuje violento de las olas.

Tranquilizando con sus palabras a la joven llegó sin obstáculo a la entrada de una profunda gruta que, oculta a todas las miradas, se abría en la escarpada pendiente de una muralla de rocas.

Libres allí del peligro que les amenazaba, y sin temor de ser descubiertos, penetraron todos en la cueva, extendiendo Benartemi su capa sobre un banco de piedra, donde

encontró Isabel un asiento cómodo y seguro.

Aunque era casi imposible que sus palabras pudiesen ser oídas desde lo alto del camino, siguieron, sin embargo, guardando un completo silencio, hasta que sintieron pasar sobre sus cabezas un numeroso escuadrón que, conducido, sin duda, por don Pedro batía el campo en todas direcciones.

Benartémi, entonces, se acercó a sus dos compañeros y, después de hablarles un largo rato, dándole sus instrucciones, los despidió con un gesto amistoso, quedando desde este momento a solas con Isabel.

—Nada debemos ya temer—le dijo a la joven que, inquieta todavía, creía escuchar el lejano galope de los caballos—. Nos encontramos en seguridad y muy cerca del término de nuestro viaje.

—Nada temo por mí—contestó ella con su dulce voz—. Temo por vos, cuyo perdón ya no volveríamos a obtener si fuérais de nuevo prisionero.

—Disipad esos temores. Conozco perfectamente estos sitios y sé los medios de burlar la vigilancia. No lejos de esta gruta se alza, al pie de una montaña, la rada de Ariuaga, en cuyas aguas nos espera un bique. Dentro de una hora sabrán sus tripulantes el sitio donde nos han de enviar un bote. Una hora

antes de amanecer nos ponemos en camino, por sendas ocultas e intran-sitables a la caballería, y estamos en el lugar de la cita cuando el sol principie a iluminar el Nuble y el Saucillo.

—Sin embargo, estaré más tranquila si me prometéis acceder a mi última súplica.

—Hablad.

—Deseo que si por desgracia nos viéramos de nuevo perseguidos, me abandonéis y os pongáis en salvo.

—¿Abandonaréis yó?

—Sí, porque mi vida y mi libertad no corren peligro alguno. Estando vos en libertad podremos en ocasión más propicia volver a reunirnos. ¿Me lo prometéis?

—Os lo prometo.

—Ahora nada temo.

Después de un momento de silencio, acercándose Benartémi a la joven, la suplicó que descansara hasta el amanecer, pero ella contestó sonriéndose:

—No, no podría dormir. Esperaremos juntos la llegada del día.

Y poniéndose en pie, y apoyándose en el hombro de Benartémi, dejó vagar su mirada sobre el azul del cielo, donde las estrellas brillaban como lejanos faros perdidos en la inmensidad del espacio.

Entretanto, don Pedro, a quien sus soldados habían encontrado, suponiendo que los fugitivos se ha-

habían internado en la montaña, había dirigido sus principales fuerzas en dirección a Agüimes y Tirajana, y él mismo, a la cabeza de su escuadrón, después de recorrer inútilmente las playas vecinas, se había detenido sobre una eminencia desde la cual se dominaba una extensión considerable de terreno. No se resignaba a renunciar tan pronto a sus pesquisas. Así, mientras sus soldados descansaban, teniendo de la brida los caballos, él, sin dejar el suyo, miraba en todas direcciones con la esperanza de descubrir algún indicio que le revelase el sitio donde se ocultaban los fugitivos.

Al fin empezó a amanecer. Una débil claridad, extendiéndose por el horizonte, anunció la proximidad del día. A su dudosa luz, don Pedro tendió de nuevo su mirada por la árida llanura que, desde el sitio donde se hallaba colocado se prolongaba hasta el mar. Esta llanura, después de recorrer en suaves ondulaciones una extensión de media milla, se interrumpía bruscamente al sur, formando un precipicio que presentaba por aquella parte una costa inabordable.

A la izquierda de este precipicio, y sobre la misma línea que trazaba la elevada costa en el fondo oscuro del firmamento, aparecieron de improviso dos figuras que avanzaban siguiendo las sinuosidades del terre-

no, y cuyas formas se dibujaban claras y distintas a la luz siempre creciente del nuevo día.

Don Pedro, al verlas, lanzó un grito de júbilo, y poniendo su caballo al galope corrió en aquella dirección.

Entretanto, las dos personas se habían detenido al borde mismo del precipicio y parecían entregadas a una penosa incertidumbre. Don Pedro se acercaba con su caballo, seguido a galope por sus soldados. Cualquiera hubiera podido entonces distinguir la varonil fisonomía de Benartemí y las encantadoras facciones de Isabel.

A cien varas de distancia, don Pedro desenvainó su espada y espoleó de nuevo su caballo que, casi desbocado, volaba sobre el escarpado acantilado.

En este supremo instante Benartemí, como inspirado por una revelación súbita, trepó con la joveu a una roca que, dominando enteramente el precipicio, avanzaba sobre el mar. Se detuvo allí un momento, levantó a Isabel con sus robustos brazos y luego, sin vacilar, se lanzó con ella al abismo, desapareciendo en medio del oleaje que en incesante vaivén se engolfaba con temeroso ruido por entre las ocultas y negras cavernas que a lo largo de la costa se abrían.

Don Pedro lanzó un grito de desesperación y, deteniéndose en su carrera, saltó del caballo, abandonándolo, y corrió hacia el borde del precipicio.

El mar se revolvía en espumas a trechachas brazas de profundidad, viéndose flotar entre sus turbias olas el sombrero y la capa de Benartémi.

A lo lejos se descubría un buque que, a toda vela, se acercaba al lugar de la catástrofe.

Don Pedro permaneció inmóvil anonadado, contemplando silenciosamente el sitio donde los dos jóvenes habían encontrado una muerte tan cruel. Y es fama que, al acercarse sus soldados, vieron con admiración rodar por sus fóstadas mejillas dos gruesas lágrimas que, a pesar de la aspereza de su carácter, no trató de ocultar.

Desde entonces aquella roca se conoce en el país con el nombre de la Roca de Benartémi.



UNA SORPRESA

HAN transcurrido diez años desde los acontecimientos que acabamos de referir.

Durante este período, la ciudad de Las Palmas ha continuado, en progresivo desarrollo, fomentando en sus feraces valles el cultivo de la caña de azúcar en sus tranquilos mares la industria pesquera y, en sus abiertas radas, el comercio con las Indias, nombre que todavía se daba a las regiones descubiertas por Colón.

Las numerosas expediciones de atrevidos aventureros que corrían en busca de oro desde las costas españolas al Pacífico, tocaban siempre en los puertos canarios, reforzando su tripulación con los isleños y llevándose plantas, animales y frutas raras, entre las que podemos citar los plátanos, cuya fruta

tanto admiró el historiador Oviedo cuando descansó, de paso para las Américas, en el convento de San Francisco de Las Palmas.

Estamos en 1516. Lope de Sosa es gobernador de la Gran Canaria, y don Fernando Vázquez de Arce ocupa la silla episcopal.

Reina en toda la isla una tranquilidad inalterable. Los esclavos indígenas, en libertad desde 1511 por orden expresa de los Reyes Católicos, se van confundiendo ya con los conquistadores. Ambas razas se han fundido en una.

En una mañana del mes de abril del mismo año de 1516 se hallaban sentados en dos grandes y cómodos sillones de cuero, colocados sobre la explanada de la Torre de Gando, dos viejos señores cuyas fisonomías,

si con atención las contemplamos, nos será fácil reconocer.

Frisa el uno en los setenta y cinco y es su rostro anguloso y frío, y su tez bñfosa y apergaminada. Encorvado ya por los años se adivina, sin embargo, que debió ser fuerte y ágil y de elevada estatura. Este es don Pedro de Curvajal y Trejo.

Su compañero, anciano también, pero de rubicunda tez, inflamados carrillos y extraordinaria obesidad, es don Gonzalo de Segovia, viudo ya de doña Ursula, el cual, fiel a sus antiguos recuerdos, de amistad, no quiere abandonar en su retiro al que fué en su juventud su constante compañero de armas.

La mañana está hermosa, el sol entoldado por blancas nubes.

El castillo se halla solitario y sus fortificaciones arruinadas. Una escasa guarnición lo custodia, llenando un servicio que, después de la pacificación de la isla, ha perdido ya su importancia.

Sin embargo, aún conserva don Pedro el título de Castellano, si bien se asegura que será abolido tan pronto como el viejo capitán deje de existir.

—¡Hermosa mañana! — dijo el asentista riéndose—. Si la pudiéramos utilizar para dar un paseo a caballo...

Don Pedro suspiró con tristeza y

contestó, después de mirar el mar

—Si quieres daremos un paseo a bote.

—¡No, no, aborrezco el mar! Me trae a la memoria ideas muy tristes.

—Tienes razón. Las montañas son más hermosas con sus matórriles, sus quebradas y su salvaje s leñid.

—Quedémonos, pues, en el castillo, ya que otra cosa no es posible y hagamos que nos sirvan aquí almuerzo.

—Aprobado.

—Haremos subir, si te parece una de las viejas botellas de 148. Esto nos rejuvenecerá.

—¡Excelente idea!

—¡Nuño!

Al pronunciar en voz alta est nombre apareció nuestro antiguo ballestero, fuerte y ágil todavía, pesar de sus cincuenta años.

—Harás servir inmediatamente el almuerzo—le dijo don Gonzalo, cuyos instintos gastronómicos no le bñía podido amortiguar la edad—subirás una de las botellas que es tán en mi cuarto. Ya las conoces.

Nuño se sonrió con malicia y desapareció de la explanada.

—Este Nuño es un criado fie. Siempre recuerdo con amarga satisfacción que él fué el encargado de llevar a la Laguna los regalos de boda de Isabel.

—¡Pobre muchacha! — dijo en

tonces don Gonzalo, suspirando tristemente—. ¡Tus ridículos amores corrieron su existencia!

—Ya que es inútil el comentario, no hablenos más de ese asunto.

—¡Si, si, olvidemos a esa desgraciada y a su infeliz enatorado, cuyo verdadero nombre hemos sabido después!

A estas palabras sucedió un triste silencio que don Gonzalo fué el primero en romper, procurando con un asunto indiferente distraer la melancolía de su amigo.

—Ya habrás visto—dijo—la llegada a la ciudad de una famosa expedición que se dirige a las Indias mandada por uno de los más valientes capitanes del Rey nuestro Señor.

—Sí, he oído hablar vagamente de eso.

—Dicen que la escuadra es numerosa y las tropas aguerridas y disciplinadas. El jefe que las manda, cuyo nombre repiten todos con respecto, es el marqués de Costa-Rica, título con que ha sido recientemente agraciado por su Alteza en premio de sus muchos e importantes servicios en las islas de Occidente.

—Desearía conocerle.

—No es fácil, porque un personaje de tanta importancia habrá permanecido a bordo. Su crédito en la Corte dicen que es inmenso, y

fabulosas sus riquezas. ¿Cómo quieres que se preocupe de nosotros?

—Es verdad. ¿Quién se acuerda de estos pobres hidalgos? ¡Ni un pariente, ni un amigo nos queda que alegre nuestra vejez!

Don Gonzalo levantó al cielo sus ojos con ademán resignado y después, bajándolos sobre la llanura, se detuvo a contemplar una espesa polvareda que, por el camino de Telde, se levantaba.

Los dos viejos amigos, poco acostumbrados a esta novedad, miraban con creciente asombro aquel extraño espectáculo, hasta que, disipándose el polvo, brillaron a los rayos del sol las armas y brumadas coraza de un lúcido escuadrón que a rienda suelta se dirigía al castillo.

Entonces se apresuraron ambos a bajar al patio de honor, con el objeto de saber el motivo que conducía a aquella soledad tan lujosa comitativa.

Su incertidumbre fué de corta duración porque a los pocos instantes se apeó un escudero junto al puente levadizo y, conducido a la presencia del capitán, le anunció la llegada del noble y poderoso marqués de Costa-Rica.

En efecto, el marqués, acompañado del gobernador de la isla y de varios jefes de la escuadra, llegó poco después a la antigua fortaleza, siendo recibido con la ma-

por urbanidad y respeto por los dos viejos hidalgos.

Era el marqués un elegante caballero de marcial continente y modales llenos de nobleza y gracia. Todos sus subordinados le adoraban, sus amigos le querían y le apreciaba el Rey.

Habló a los dos hidalgos con cariño y manifestó deseo de que le enseñasen la fortaleza, célebre por sus recuerdos históricos.

Don Pedro se apresuró a complacerle, a pesar de que la voz del marqués le causaba una turbación inexplicable. Abrió, pues, todas las puertas y recorrieron en poco tiempo el recinto fortificado. Cuando llegaron a la entrada de los subterráneos quiso ver también las prisiones, citando en particular un oscuro calabozo donde era fama que había estado preso un temible bandido, terror de la comarca.

El capitán suspiró y, maldiciendo en silencio la curiosidad de su huésped, le condujo al sitio que ya conocen nuestros lectores, y el cual no había vuelto a ver desde aquella triste noche.

Dentro ya del calabozo, y no habiendo otro asiento que la piedra donde en otro tiempo estuvo sentado Benartémi, obligó el marqués al viejo capitán que, ya por sus años, ya por la emoción que le dominaba parecía muy agitado, a que descan-

sara un momento antes de subir a nuevo las escaleras.

Don Pedro obedeció, porque, a efecto, apenas podía sostenerse. Mas no bien estuvo sentado, cuando al locándose el marqués bajo el ray del sol que penetraba por la tronera, y echando sobre sus hombros una oscura capa de abrigo que llevaba un paje, le dijo con afectuosa expresión:

—Hace diez años, don Pedro d' Cárvajal y Trejo, que en este mismo sitio os hice un día un solemne juramento. ¿Lo recordáis?

—¿A mí? En este sitio...?

—Sí.

—¿Es posible?

—Era una noche del mes de septiembre de 1506. A mi lado floraba una mujer a quien los dos amábamos con pasión. Yo os prometí hacer su felicidad, y hoy vengo a recordaros que he sabido cumplir mi juramento y a ahorraros el remordimiento de haber contribuido a un suicidio, que no llegó a consumarse.

—¡Dios mío!... ¿Seréis...?

—Benartémi— contestó sonriéndose el marqués—o, mejor dicho, vuestro sobrino Fernando de Cárvajal y Trejo, que os quiere y respeta.

Al oír estas palabras el viejo se levantó y, con los ojos extraviados, miró a su interlocutor. Luego, no

puediendo resistir la emoción que le ahogaba, murmuró:

—¿Y ella...?

—Aquí también, implorando un perdón que no merece-- dijo una joven que, oculta en la escalera, había presenciado esta escena.

Don Pedro, con los ojos llenos de lágrimas, extendió sus brazos ha-

cía los dos, y dijo sollozando, al estrecharlos contra su corazón:

—¡Hijos míos!... ¡Benditos seáis!

Al día siguiente, el noble marques y su esposa volvían a la ciudad de Las Palmas, con los dos viejos hidalgos, y recibían de nuevo su bendición al dejar, por segunda vez, la hermosa isla donde habían nacido.



FIN

INDICE

	<i>Págs.</i>
I.—La puerta de Triana	5
II.—El viaje	9
III.—El marino	15
IV.—La novia	20
V.—El istmo de Guanarteme	26
VI.—El billete	34
VII.—La aparición	40
VIII.—La promesa	44
IX.—La emboscada	49
X.—Un protector	52
XI.—El pacto	60
XII.—La prisión	69
XIII.—La evasión	74
XIV.—La roca de Benartemi	79
XV.—Una sorpresa	85

UN GRAN EXITO EDITORIAL
de la BIBLIOTECA NUEVA

ALICIA AL PIE DE LOS LAURELES

NOVELA DE
CLAUDIO DE LA TORRE

Precio: **6** pesetas

DE VENTA EN TODAS
LAS LIBRERIAS

La Novela Ideal

PUBLICARÁ

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

EL SECRETO DE EDUARDO

ORIGINAL

DE

E. BERNA

«El notable escritor E. Berna, nueva adquisición en EXCLUSIVA de LA NOVELA IDEAL, trae a nuestra publicación su gran estilo de narrador moderno.»

PUBLICACIÓN EXCLUSIVA

DE

La Novela Ideal